



Universidad de Chile
Facultad de Filosofía y Humanidades
Departamento de Ciencias Históricas

La Economía Híbrida de los Canoeros Patagónicos: Radicación Forzada y Respuesta Indígena (1741-1800).

Informe Final para optar al grado de Licenciado en Historia

Manuel Osorio Muñoz

Profesor Guía: Francis Goicovich Videla.

Enero 2018.

Índice.

Agradecimientos	3
Introducción	5
Los grupos canoeros de los archipiélagos australes	11
La evangelización periférica de los canales australes	16
La respuesta canoera a la radicación en Chiloé	22
Los canoeros australes radicados en Chiloé en el siglo XIX	34
Conclusiones	36
Bibliografía	40

Agradecimientos.

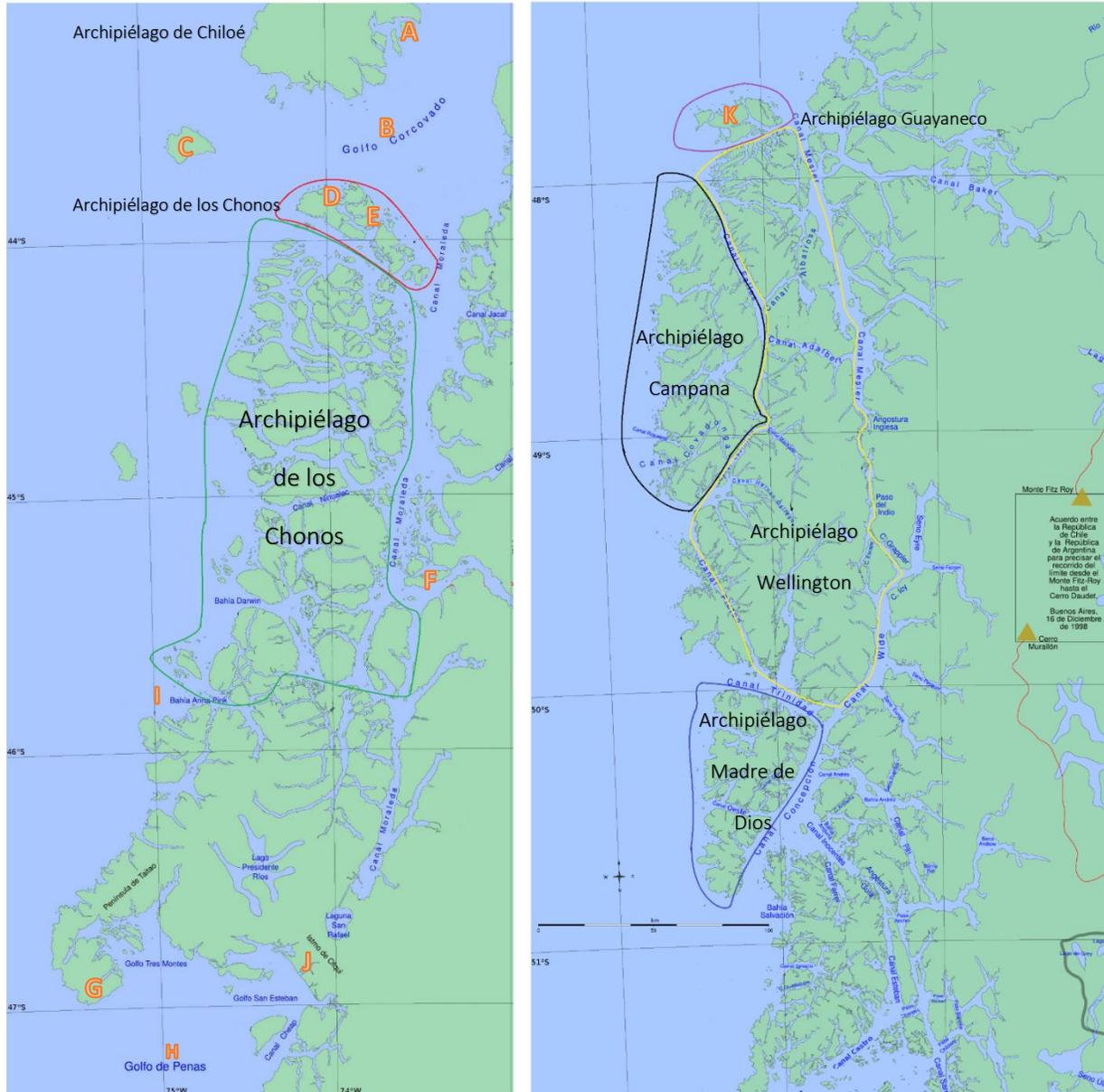
No puedo comenzar de otra manera que agradeciéndoles a mis padres todo el sacrificio, el cariño y apoyo que han depositado en mí, aun teniendo en cuenta mis errores. A mi madre, Norma, que por medio de largas conversaciones me legó su amor a Chiloé, la tierra que la vio nacer. A mi padre, Manuel, por entregarme su apoyo sincero en los momentos que lo necesité. Los quiero a ambos. A Amanda, mi hermana, por guiarme en este extraña y violenta ciudad que es Santiago. Sin ella no lo podría haber logrado. A Constanza, por su amor incondicional, por alegrar mis días, por estar ahí cada vez que la necesito.

A Cristóbal, Diego, Matías, Camila, Francisco, Fabiola y Daniela por hacer más amenos estos cuatro años en la facultad, compartiendo muy gratos momentos. A Rodrigo, Kevin, Nicolette, Sebastián y Vicente, porque a pesar de la distancia, sé que puedo contar con cada uno de ellos.

A mis tías y tíos Renato, Carlos, Clara, Melba, Yolanda y Nora, además de mis primos Cristina y Gonzalo, por su constante preocupación.

A Francis Goicovich, por su disposición, consejos y correcciones para esta investigación.

Mapa 1: El sur de Chiloé y los canales australes, hasta el archipiélago Hannover.



Simbología

- | | |
|---------------------------------------|--|
| A. Isla de Cailín | G. Cabo Tres Montes |
| B. Golfo de Corcovado | H. Golfo de Penas |
| C. Isla Guafo | I. Isla Inche/Inchemó |
| D. Puerto Low | J. Istmo de Ofqui |
| E. Isla Melinka/Puquitrín | K. Isla Wager/ Zona del naufragio |
| F. Islas Calserau y Calcayenec | |

Introducción.

1741 es uno de los años claves en la historia colonial de Chiloé y los canales. El paso de la flota de guerra inglesa a cargo de George Anson, y el hundimiento accidental de la fragata *Wager* en las costas del archipiélago Guayaneco generaron inquietud en las autoridades españolas en Chiloé, el Virreinato del Perú y Europa. En reacción a estos hechos ocurridos en la Patagonia occidental, partieron desde Chiloé una serie de expediciones de reconocimiento hacia los canales, a las que se sumaron expediciones misionales a cargo de los jesuitas. Para Ximena Urbina, el año 1741 “fue el punto de partida de una proyección del área de influencia de la provincia de Chiloé hacia el sur”¹.

En lo referente a esta investigación, significó el traslado forzado de distintos grupos canoeros nativos a islas del sur del archipiélago de Chiloé. El propósito de relocalizar a estos grupos fue facilitar la evangelización que se veía dificultada constantemente por el nomadismo de los canoeros y por la lejanía de los centros misionales de la Isla Grande. Junto a esto, se buscaba evitar que las etnias australes se aliaran con los enemigos de la Corona y les prestaran auxilio, como ocurrió con los naufragos de la *Wager*.² Los grupos canoeros australes radicados pasaron a formar parte de la estructura misional jesuita en Chiloé. Eran atendidos anualmente por los religiosos de la misión circular, y en su ausencia los fiscales nombrados por los evangelizadores se encargaban de la instrucción católica. Desde 1764 pasaron a formar la misión de neófitos de Cailín, que abarcó las islas de Cailín, Chaulinec y Apiao, donde estaban reducidos los indígenas trasladados.

Si bien existen trabajos referidos al modelo misional³, donde incluyen someramente a la misión de Cailín y a los religiosos que surcaron los mares australes en la búsqueda de indígenas no evangelizados, no existe claridad respecto a cómo actuaron los nómades patagónicos frente a este escenario. Por esta razón, mi investigación se centrará en los canoeros relocalizados en el sur de Chiloé desde la década de 1740, y como se desarrollaron

¹ Urbina, M. Ximena. “La proyección colonial de Chile a la Patagonia Insular en el siglo XVIII”, *Anuario de Estudios Americanos*, N° 68 (2), 2011 p.600.

² Urbina, M. Ximena. “Traslados de indígenas de los archipiélagos patagónicos occidentales a Chiloé en los siglos XVI, XVII y XVIII, en: Valenzuela, Jaime. *América en Diásporas*, Santiago, RiL Editores, 2013, pp.399-400.

³ Véase: *Misiones en Chile austral: los jesuitas en Chiloé 1608-1768* de Rodrigo Moreno y *Las misiones franciscanas de Chiloé a fines del siglo XVIII: 1771-1800* de Rodolfo Urbina, además de artículos publicados por los mismos autores.

en su nuevo contexto, insertos en un sistema económico, social y cultural radicalmente distinto. Esta investigación se enfocará en el periodo transcurrido desde el hundimiento de la *Wager*, en 1741, y el año 1800. Esto último tomando en cuenta que en el siglo XIX las autoridades españolas cesaron las exploraciones al sur de Chiloé, lo que se tradujo en una reducción de las fuentes disponibles.

Espacialmente, los indígenas relocalizados ocuparon tanto zonas de Chiloé, como de los archipiélagos australes. Es necesario realizar una breve descripción de ambos espacios, en la medida que nos ayudará a tener una noción básica de las regiones en las que se desarrolló nuestro sujeto de estudio.⁴ Al sur del seno de Reloncaví, la continuidad del territorio nacional se rompe abruptamente. La Cordillera de la Costa se hunde, para luego resurgir en la Isla de Chiloé. El valle longitudinal se deprime de tal manera, que se sumerge casi completamente bajo el nivel de las aguas. Esto forma entre la Isla Grande y los Andes, un mar interior salpicado por alrededor de una treintena de islas menores. En la parte sur del nombrado mar, encontramos Cailín y Chaulinec, dos islas menores que sirvieron como reducciones para neófitos. Aproximadamente a 40 km de la costa meridional de Chiloé se encuentra el archipiélago de las Guaitecas, con el Golfo de Corcovado de por medio. Desde las Guaitecas comienza una red de intrincados laberintos formados por islas, canales y fiordos que llegan hasta el Cabo de Hornos. Sigue más al sur el archipiélago de los Chonos, conformado por más de mil islas distribuidas en casi 200 km de norte a sur. A continuación de este conjunto de islas se ubica la península de Taitao, que es una prolongación de la tierra firme hacia el oeste, y el extenso Golfo de Penas, que separa en dos los archipiélagos australes. Limita este golfo con el Archipiélago Guayaneco, donde en 1741 encalló la fragata inglesa *Wager*. Le siguen los archipiélagos Campana, Wellington, Madre de Dios, Hanover, Reina Adelaida, por nombrar los más septentrionales. Si bien al sur de estos archipiélagos continúa el intrincado laberinto de canales e islas, para efectos de este estudio me ceñiré sólo a los territorios anteriormente descritos. Cabe destacar que mucha de la toponimia actual no existía en el siglo XVIII, por lo que su uso en esta investigación es meramente práctico.

Aunque en las fuentes se menciona que los recolectores-cazadores marítimos relocalizados en Chiloé aprendieron agricultura, para fines del siglo XVIII seguían

⁴ Véase: Mapa 1.

regresando periódicamente a los archipiélagos anteriormente señalados, sin dejar del todo el nomadismo. En base a lo expuesto, existen varias hipótesis sobre lo sucedido con los sujetos estudiados. Rodolfo Urbina propone que “el chono y lo chono se extinguieron tempranamente, como consecuencia de la intensa aculturación a que se vio expuesto desde que transmigraron a Chiloé”⁵. Para el autor, la mezcla genética con los chilotos y la avasalladora cultura local, habrían sido los principales factores en el proceso de aculturación de los canoeros australes, quienes habrían terminado por abandonar sus territorios ancestrales. Por su parte, Ximena Urbina supone que “los trasladados nunca se acomodaban a su nueva situación y volvían a sus islas o iban muriendo”⁶. A juicio de la autora, a fines del siglo XVIII los canoeros que no volvieron a los archipiélagos australes fueron pereciendo producto del cambio alimentario y sanitario.

A mi parecer, estas propuestas comprenden solo una parte del proceso analizado. A modo de hipótesis para este trabajo, los distintos grupos canoeros (que en las fuentes son llamados chonos, guaiguenes, caucahues, huillis o taijatafes), producto de la radicación forzosa, modificaron sus patrones productivos nómadas, para fundirlos con las prácticas propias de la economía de Chiloé. De esta manera, crearon una economía híbrida, semi-sedentaria, donde las misiones del sur de Chiloé eran una base donde podían generar productos agrícolas, mientras que en ciertas temporadas del año aprovechaban las posibilidades económicas que les brindaban la caza, pesca y recolección en los canales, lo cual les permitía obtener mariscos, pescados y mamíferos marinos que podían comercializarse en Chiloé. La adaptación económica sería solo una de las caras de un proceso de hibridación mucho más amplio, donde los habitantes de Cailín crearon nuevas estructuras tomando rasgos de su cultura original canoera y de la cultura chilota. Esta hipótesis se fundamenta en un trabajo de Andrés Núñez, donde menciona que incluso durante el siglo XIX la región occidental del actual Aysén fue utilizada por habitantes del sureste de Chiloé en labores de caza de lobos, pesca, ganadería y, en menor medida, agricultura.⁷ Para el autor, éstos serían descendientes de los canoeros australes radicados en la zona.

⁵ Urbina, Rodolfo. El pueblo Chono: de vagabundo y pagano alzado a cristiano y sedentario amestizado, en: *Orbis Incognitus*. I, 2007, p.346.

⁶ Urbina, Ximena. Traslados de indígenas..., p.405.

⁷ Núñez, Andrés, et al. Silencios geográficos en Patagonia-Aysén: Territorio, nomadismo y perspectivas para re-pensar los márgenes de la Nación en el siglo XIX, en *Magallania*. N°44(2), 2016.

Cabe destacar que, en la hipótesis expuesta, se utiliza el concepto híbrido o hibridación, en desmedro de otros como aculturación o asimilación, centrales en los trabajos de Rodolfo Urbina sobre el tema. Para este autor, la condición de minoría inserta en una “cultura mayor y más vigorosa [...] fue haciéndoles perder cohesión hasta verse asimilados por la cultura veliche.”⁸ Interpretando al autor, aculturación sería el proceso de adopción de rasgos culturales foráneos, con la consecuencia de la pérdida de los propios. Esta acepción es muy similar a la concepción que comenzó a ser utilizada a fines del siglo XIX. En 1881 John Wesley Powell escribía que “la gran bendición de las tribus salvajes de este país ha sido la presencia de la civilización, que, bajo las leyes de la aculturación, ha mejorado sus culturas irresistiblemente, sustituyendo las salvajes técnicas y costumbres por las civilizadas. En corto, transformando a los salvajes a la vida civilizada.”⁹ El problema de este concepto es que nos lleva irremediamente a enfocarnos en las pérdidas culturales de los que serían considerados inferiores. Esto nos puede llevar a una visión fatalista de nuestro sujeto de estudio. Por esta razón, me inclino por utilizar el término *hibridación cultural* de Néstor García Canclini, que en sus palabras “es reconvertir un patrimonio para reinsertarlo en nuevas condiciones de producción y mercado.”¹⁰ El concepto de hibridez, o más bien, proceso de hibridación, nos permite hacer de este grupo indígena el actor principal de su historia, que ya no es el relato de su inevitable desaparición, ni de su subordinación cultural, sino de su adaptación a una nueva sociedad de la que pueden obtener ganancias. En palabras de Pekka Hämäläinen para el caso comanche en Norteamérica, “las sociedades indígenas no desaparecieron simplemente ante la acometida euroamericana. Muchas se adaptaron y pervivieron erigiendo unas economías e identidades nuevas con los fragmentos de las antiguas. Los indios combatieron y resistieron, pero también cooperaron y coexistieron con los recién llegados creando universos híbridos que no eran enteramente indios ni europeos.”¹¹ Para Peter Burke, la hibridación y el intercambio son favorecidos en lugares como los espacios de frontera. A juicio del autor, se podría clasificar estas zonas fronterizas “de ‘interculturales’ porque [...] son auténticas intersecciones de cultura en las que el proceso de

⁸ Urbina, Rodolfo. *El pueblo Chono...*, p.342.

⁹ Winthrop, Robert. *Dictionary of concepts in cultural anthropology*, Westport, Greenwood Publishing Group Inc., 1991, p.3.

¹⁰ García Canclini, Néstor. *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Buenos Aires, Paidós, 2005, p.14.

¹¹ Hämäläinen, Pekka. *El Imperio Comanche*, Barcelona, ediciones Península, 2011., p.18.

hibridación acaba creando algo nuevo y muy específico que podemos definir como criollo o no.”¹² Por lo anterior, debemos analizar el concepto de frontera, tomando en cuenta el contexto de Chiloé durante el siglo XVIII.

Chiloé es un espacio fronterizo. Sin embargo, se puede discutir el tipo de frontera en que está inserta la sociedad chilota. Para Rodolfo Urbina en *La periferia meridional indiana*, Chiloé debe ser entendido como un enclave fronterizo. El archipiélago se comportó como un puesto de avanzada en territorio indígena, retrotraído sobre sí mismo a raíz del alzamiento de 1598, sin mayor contacto con Chile central y el Virreinato. En palabras de Rodolfo Urbina, Chiloé es “una sociedad que se forja a sí misma en estrecha relación con el medio y el indio insular y casi por completo distante de los contactos con el resto del Reino.”¹³ Chiloé, en su condición de enclave, estaba rodeado de otros espacios fronterizos: por el norte, una frontera de guerra viva y al este, una frontera natural. A la zona de canales australes, el autor no le otorga una clasificación específica de frontera, aunque se puede interpretar que esta zona también sería una frontera natural. Para Ximena Urbina, la zona al sur de Chiloé sería una frontera móvil, por cuanto ésta no constituía una ocupación permanente, sino que una proyección mediante viajes marítimos.¹⁴ A mi juicio, estas concepciones de Chiloé y los canales patagónicos son acertadas, aunque solo muestran una parte de la complejidad de estos espacios fronterizos. Para nuestra investigación es relevante discutir otras categorías de frontera, en la medida que sirvan para comprender las relaciones de los chilotes con los canoeros australes.

Para comprender el recrudescimiento del conflicto anglo-español que derivaría en la radicación indígena, es que incluimos el término ‘frontera del mar’. Según Tomás Mantecón las fronteras marítimas “intentaban construirse desde el punto de vista físico y desde una orientación militar como espacios dibujados en torno a puntos geoestratégicos defensivos frente a ataques exteriores.”¹⁵ El autor hace referencia a villas o puertos litorales como estos puntos o enclaves, desde donde la Corona proyectaba su autoridad. Chiloé, desde un

¹² Burke, Peter. *Hibridismo cultural*, Madrid, Akal ediciones, 2010, p.121.

¹³ Urbina, Rodolfo. *La periferia meridional indiana. Chiloé en el siglo XVIII*, Valparaíso, Ediciones Universitarias, 1983, p.15.

¹⁴ Cfr. Urbina, M. Ximena. La proyección colonial..., p.600.

¹⁵ Mantecón, Tomás. Las fronteras exteriores e interiores de la Monarquía Hispánica, *Historia Crítica*, N°59, 2016, p. 25.

comienzo, representó para las autoridades reales un punto estratégico desde donde se podían defender las posesiones australes, principalmente el estrecho de Magallanes. Este concepto coincide con el planteado por Rodolfo Urbina, al tomar Chiloé como un enclave fronterizo. Sin embargo, el concepto de frontera marina permite situar al archipiélago en su contexto político internacional.

A pesar de esto, la frontera política no es la única que podemos vislumbrar. Para Bradley Parker, en su esquema '*Continuum of boundary dynamics*', los espacios fronterizos contienen distintos tipos de fronteras yuxtapuestas entre sí, con distintos niveles de rigidez o fluidez.¹⁶ Tanto desde el plano geográfico como económico (y por tanto social y cultural) Chiloé presenta diferencias sustantivas con los archipiélagos al sur del Corcovado. No pretendo hacer una descomposición de todos estos factores, sino más bien dar cuenta de estas desigualdades. Las diferencias culturales y demográficas son evidentes entre los habitantes chilotes y los canoeros australes: tienen distintas lenguas, religiones, cultura material, densidad poblacional, patrones de asentamiento. Sin embargo, para el siglo XVIII no parecen ser rasgos muy claros para diferenciar una zona de otra. Canoeros australes adquieren la religión católica y la lengua española o veliche, por poner dos ejemplos. Por el contrario, el plano económico parece ser mucho más rígido. Las diferencias entre una economía eminentemente agrícola (Chiloé) y otra principalmente de caza y recolección (canales patagónicos), se mantienen hasta por lo menos la segunda mitad del siglo XIX.

Para sintetizar lo expuesto anteriormente, en lo eminentemente político, Chiloé y los canales serían una frontera marítima, donde la Isla Grande sería el enclave desde el cual la Corona trata de extender su dominio, amenazado por Gran Bretaña. Por otro lado, aunque Chiloé y la Patagonia insular formaban parte de la misma jurisdicción, existía una clara división entre estos dos territorios. La rigidez de los límites económicos de cada zona, en contraste con la mayor fluidez cultural y social, nos muestra una clara diferenciación de tipo geográfico que impide una economía predominantemente agrícola hasta finales del siglo XIX.

Este artículo se dividirá en cuatro partes. La primera sección se enfocará en el sujeto, los indígenas nómades marítimos de la Patagonia occidental. Es en buena medida una

¹⁶ Parker, Bradley. Toward an Understanding Borderland Processes. *American Antiquity*, N° 71(1), 2006.

descripción de estos grupos y lo que se conocía de ellos hasta 1741. También contiene un análisis respecto a las identidades de las distintas facciones, y la aplicabilidad de términos genéricos como *canoeros*, o *nómades marítimos*. La segunda parte se centra en el proceso de radicación de estos grupos y el posterior proceso de imposición cultural, social y económico llevado a cabo en gran medida por los religiosos de Chiloé. Se ordenan cronológicamente los sucesos importantes, como la llegada de nuevos indios neófitos o la creación de nuevas misiones. También se discuten los fundamentos políticos y espirituales de este proceso, además de experiencias previas, como la misión de San Felipe de Guar, en 1710. En la tercera parte se examinan las prácticas económicas de los canoeros relocalizados después de 1741. Por medio de este análisis, se delinea el funcionamiento de la economía híbrida semi-sedentaria, con base en las culturas canoera y chilota. Se agregó una cuarta parte, en la cual se analiza la economía híbrida durante el siglo XIX, y cómo fue afectada por la progresiva ocupación de los canales australes por parte de nuevos sujetos como los loberos americanos, o los leñadores o ‘hacheros’ chilotos.

Para el abordaje histórico se recurrió al análisis de fuentes directas. La investigación se centra en el aspecto económico por una razón fundamentalmente práctica, puesto que las fuentes no son muy numerosas y refieren principalmente a este elemento.

Los grupos canoeros de los archipiélagos australes.

Los primeros relatos sobre la zona de canales australes datan del siglo XVI. Las expediciones en busca del Estrecho de Magallanes encabezadas por Francisco de Ulloa en 1553 y Juan Ladrillero en 1557 cruzaron por la parte occidental de los archipiélagos, avistando dalcas y ranchos. Pero lo más importante que podemos encontrar de estas expediciones son las primeras caracterizaciones generales de los nómades marítimos de la zona. Especialmente relevante es la descripción de los canoeros hecha por Juan Ladrillero en la segunda expedición:

“[...] son indios pescadores de mediano cuerpo y mal proporcionados. No tienen sementeras, manteniéndose de pescado y mariscos, y lobos marinos que matan, y comen la carne de lobos y pescado crudo, o aves cuando las matan, y otras veces las soasan. No tienen ollas ni otra vasija, ni se ha hallado sal entre ellos. Son muy salvajes y sin

razón. Andan vestidos de los cueros de los lobos y de otros animales, con que se cubren las espaldas, y caen hasta las rodillas, y una correa con que las atan por el pescuezo a manera de las liquidas que traen las indias del Cuzco. Traen sus vergüenzas de fuera sin ninguna cobertura. Son de grandes fuerzas. Traen por armas unos huesos de ballena a manera de dagas, y unos palos como lanzuelas mal hechas. Andan en canoas de cáscaras de cipreses y de otros árboles. No tienen poblaciones ni casas, sino hoy aquí, mañana en otra parte, y donde quiera que llegan llevan unas varillas delgadas, las cuales ponen en el suelo, y con corteza de árboles que en las dichas canoas traen, hacen sus casillas chiquitas a manera de ranchos, en que se meten y se reparan del agua del cielo y de la nieve.”¹⁷

Las caracterizaciones de los canoeros durante los siglos siguientes no variarán en demasía respecto a esta descripción primigenia. En el relato de los británicos Bulkeley y Cummins de 1741, se señala que “son gente muy sencilla e inofensiva, de baja estatura y nariz aplastada, con ojos muy hundidos. Viven siempre con humo y no están jamás sin fuego, incluso en sus canoas. No tienen con que cubrir su desnudez: solo un trozo de frazada vieja se echan sobre los hombros.”¹⁸ Quizás lo más importante que no mencionan los autores es su desplazamiento en pequeños grupos familiares, la unidad social fundamental de estas etnias.

Después de la expedición de Ladrillero, existe un hiato temporal hasta la primera década del siglo XVII, donde se retomarán los viajes hacia los canales, ahora no solo con el fin de alcanzar el estrecho de Magallanes, sino también de evangelizar a los nativos y custodiar tan alejados territorios ante la creciente intromisión de naves europeas en aguas del Pacífico. Algo que se hizo notorio a partir del siglo XVII entre los nómades marítimos del actual Aysén, es la existencia de parcialidades entre ellos. En este sentido, la descripción de Pedro Delco, un chono que se entrevistó con los misioneros jesuitas en Chiloé y que quedó plasmada en la carta anua de 1611, es muy importante. Mientras caracterizaba a la gente de su cultura, el cacique Pedro Delco señalaba también las diferencias existentes con los ‘huilles’:

“[los chonos] tienen el cabello rubio y el color del rostro trigüeño, son afables, muy mansos y humildes, pero los huilles, que viven más hacia el estrecho van totalmente

¹⁷ Urbina, M. Ximena. *Fuentes para la historia de la Patagonia Occidental en el periodo colonial. primera parte: siglo XVI y XVII*, Valparaíso, Ediciones Universitarias, 2014, p.43.

¹⁸ Bulkeley, John y John Cummins. “Viaje a los mares del sur en los años 1740-1”. En: *Cuatro relatos para un naufragio*, Santiago, Septiembre Ediciones, 2012, p.125.

desnudos; tienen las carnes negras; tienen el cabello negro y gordo, como cerdas, son más broncos y groseros, aunque no son feroces sino humildes y mansos. [...] Suelen, los más ladinos de los chonos, irlos a maloquear, y se sirven de ellos, y aun los venden o dan en don a otros. Y yo he visto a algunos que no sirven más que de ojear pájaros, porque no entienden la lengua general, ni son entendidos en la suya.”¹⁹

Mateo Martinić señala la distribución espacial de las parcialidades mencionadas por Delco: “[...] eran dos grupos diferentes, separados por el golfo de Penas. Los del norte que poblaban el litoral (y el interior archipiélagico) comprendido entre la boca del Huafo y el cabo Tres Montes, y los del sur, que habitaban en la parte boreal de la Magallania.”²⁰ La narración de John Byron sobre los hechos ocurridos en 1741 también deja entrever esta diferencia. Indica que mientras viajaban con Martín, chono que vivía en las cercanías de Chiloé, se encontraron con un grupo distinto de canoeros y que su “cacique parecía entender bien poca cosa de su idioma, que para nosotros tenía sonidos muy distintos de los que hasta entonces habíamos oído.”²¹

Aunque existían dos grupos distinguibles entre sí, las múltiples denominaciones españolas para las distintas naciones complejizaron bastante el panorama en los archipiélagos de Aysén. No solo se utilizaban conceptos poco acertados, sino también, desde la segunda mitad del siglo XVIII, conceptos nuevos para nombrar naciones que parecen ser más ficticias que reales. Según Martinić, Goicueta denominó ‘huillis’ a los habitantes al norte del golfo de Penas.²² Posteriormente el Padre Juan Bautista Ferrufino, en la carta anua de 1611, llamaba ‘huilles’ a los habitantes al sur del golfo.²³ Esto se entiende porque aquel concepto tiene una significancia espacial y no étnica, relacionada al sur. El más recurrente de todos es el término chono para nombrar a los habitantes del archipiélago del mismo nombre, ubicado al norte del golfo de Penas. Sin embargo, ocasionalmente era utilizado para referirse a la generalidad de canoeros. Otro concepto para nombrar al grupo del norte era guaiguenes. Por su parte, la denominación más general para el grupo del sur era caucahue, con sus variantes menos frecuentes caucau o gaviotas, añadiéndosele desde la segunda mitad del siglo XVIII

¹⁹ Urbina, M. Ximena. *Fuentes para la...*, p.89.

²⁰ Martinić, Mateo. *De la Trapananda al Aysén, una mirada reflexiva sobre el acontecer de la región de Aysén desde la prehistoria hasta nuestro días*, Santiago, Pehuén Editores, 2005, p.72.

²¹ Byron, John. *Relato del honorable John Byron*. Santiago, Imprenta Cervantes, 1901, p.102.

²² Martinić, Mateo. *Ídem*.

²³ Urbina, M. Ximena. *Fuentes para la ...*, p.87

tajatafes, calenches, requinagüeres, taruchee y lecheyeles²⁴ que, a juicio de sus descubridores, representarían nuevas etnias, distintas a las dos parcialidades a ambos lados del golfo de Penas.

Aunque se reconocían al menos dos grupos diferentes, a juicio de Cárdenas, Montiel y Hall, la cultura de ambas fracciones era en el fondo la misma. “Los lingüistas coinciden en afirmar que si existió una diferencia entre ambos pueblos fue solo de carácter dialectal”.²⁵ De hecho, la denominación caucahue, la más utilizada para nombrar al grupo canoero del sur, referiría a la diferencia fonética con los chonos, ya que caucau haría alusión a que “[...] daban gritos que se asemejaban a los graznidos de unas aves marinas de tal nombre”.²⁶

Para Francisco Mena, quien no descarta la existencia de subdivisiones entre los canoeros australes, supone que estas categorías “no reflejan más que la confusión o astucia de los expedicionarios y misioneros, empeñados en ganar fama por sus descubrimientos y conseguir apoyo financiero para sus campañas evangelizadoras”.²⁷ Mateo Martinić, siguiendo a John M. Cooper, señala que los nativos avistados entre el golfo de Corcovado y el cabo Tres Montes (al norte del Istmo de Ofqui y el golfo de Penas), y que fueron nombrados huillis, chonos, caucau o caucahues, gaviotas y payos, pueden ser vistos como un solo pueblo, aun cuando es posible que haya habido más de una tribu diferente en esta región.²⁸ Por otra parte, las denominaciones correspondientes a la parcialidad del sur son “sectoriales o locales de un solo grupo étnico mayor, el de los kawésqar, como se denominaban a sí mismos estos naturales.”²⁹ Se hace necesario aclarar dos puntos de los postulados de Martinić. En primer lugar, el concepto kawésqar es extemporáneo al siglo XVIII, ya que se extenderá recién durante el XX. Sin embargo, no parece ser problemático su uso, puesto que habría una concordancia cultural y territorial entre los kawésqar del siglo XX y sus antepasados. En segundo lugar, Martinić comete un error al incluir al grupo caucahue dentro de la etnia chono. Renato Cárdenas, Dante Montiel y Catherine Hall también dividen los grupos canoeros en dos, aunque colocan a los caucahues dentro de la etnia

²⁴ Cfr. Cárdenas, Renato. et. al. *Los chonos y los veliche*, Santiago, Ed. Olimpho, 1991, pp.59-63.

²⁵ Cárdenas, Renato, et. al. Óp. Cit., p.102.

²⁶ Martinić, Mateo. Óp. Cit., p.77.

²⁷ Mena, Francisco. Presencia indígena en el litoral de Aysén, Revista *Trapananda*, N°5, 1985, p.206.

²⁸ Martinić, Mateo. Óp. Cit., p.81.

²⁹ Ídem.

kawésqar. Esto se puede comprobar con la ya señalada diferencia entre las lenguas caucahue y chono, además de sus distintas localizaciones.

Francisco Mena también se limita a dividir a los canoeros septentrionales en kawésqar y chonos. A juicio de este autor, de no ser por la diferencia lingüística, podrían distinguirse básicamente por el lugar en el que habitan. Sin embargo, advierte que “los límites territoriales entre estos grupos canoeros son flexibles y relativos, y tal vez deben tomarse solamente como conceptos operacionales definidos por accidentes geográficos relevantes.”³⁰ A la vez, las divisiones territoriales se debilitaron, y a mediados del siglo XVIII se encuentran chonos al sur del golfo de Penas, y “a los kawésqar al norte del istmo de Ofqui, murallón de una milla de extensión que acostumbraron a traspasar cargando sus dalcas.”³¹ Para Ricardo Álvarez, hasta el siglo XVIII estos grupos muestran identidades móviles, que comparten códigos culturales similares, lo que les permite intercambiar rápidamente información o formar grupos multi-identitarios.³² Se puede apreciar esto en el relato de John Byron, quien creía que la noticia del naufragio “había pasado de tribu en tribu, hasta llegar a la de los chonos, quienes habían enviado a este cacique a inquirir la veracidad del rumor, o bien sacar algún provecho del naufragio.”³³

Aunque ya hemos introducido el tema de la concepción territorial de los grupos canoeros, otro punto que me parece importante tratar de vislumbrar es su patrón de asentamiento. Los rastros arqueológicos muestran la existencia de sitios de grandes dimensiones, espesor y diversidad, en zonas caracterizadas por su cercanía a desembocaduras de ríos y estuarios y en el límite del bosque. En torno a estos sitios se ubican otros más pequeños, de composición más específica.

“Lo anterior lleva a interpretar a estos sitios de larga data como lugares que fueron utilizados para campamentos de uso recurrente, preferencial y multifuncional, con un patrón de asentamiento nucleado, probablemente relacionado con circuitos de captura de recursos a partir de campamentos base, apuntando a un patrón de subsistencia colector en lugar de forrajero, en el

³⁰ Mena, Francisco. Óp. Cit., p.207.

³¹ Cárdenas, Renato. Et. al. Óp. Cit., p.99.

³² Álvarez, Ricardo. Reflexiones en torno a las identidades de las poblaciones canoeras situadas entre los 44° y 48° latitud sur, *Anales del Instituto de la Patagonia*, N°30, 2002, p. 82.

³³ John Byron, Óp. Cit., p.67.

sentido que la población traería los recursos al campamento sin desplazarse esta hacia los recursos, como sería en el caso opuesto.”³⁴

En suma, los grupos nómades marítimos vivían en unidades familiares reducidas, con un patrón de asentamiento colector. La descripción de Ladrillero señala que eran de cuerpo mediano, y que se vestían con cueros de lobo que sólo le cubrían las espaldas. Su alimentación se basaba en el consumo de mariscos, lobos marinos y pescado, ya que no desarrollaron la agricultura. Un elemento esencial de su cultura era la canoa, hechas de corteza, con las que se trasladaban frecuentemente, por lo que no tenían poblaciones. Sus únicas construcciones en tierra eran unas pequeñas tiendas hechas con cortezas, para protegerse del mal clima.

A pesar del complejo mosaico étnico y cultural descrito por los españoles chilotos, que nos legó una multiplicidad de nombres para referirse a los nómades marítimos de la Patagonia occidental, podemos distinguir dos grandes grupos étnicos de canoeros: chonos y kawésqar. Éstos se diferencian principalmente por la lengua y los distintos territorios en los que se desarrollaron, junto a otras discrepancias culturales menores. Las otras subparcialidades descritas en las fuentes pueden hacer relación a grupos locales o familiares. Son estos grupos los que se movilizaban primero por un territorio más bien definido, pero que para la mitad del siglo XVIII se hace más permeable, permitiendo identidades móviles, en palabras de Ricardo Álvarez, permitiendo un traspaso de información más rápido e incluso la existencia de grupos multi-identitarios.

Tomando en cuenta lo anterior, podemos vislumbrar el problema práctico que significa la multiplicidad de conceptos para referirse a los canoeros. Aunque las fuentes los nombran de maneras muy diversas (chonos, caucahues, huillis, taijatafes, etc.), no existe certeza de que estos nombres se correspondan efectivamente con grupos delimitados unos de otros. A esto se agrega el problema de que las fuentes pueden ocupar más de una categoría para nombrar a los mismos indígenas. Es por esto que, aunque existan distintos grupos que incluso hablaban dialectos diferentes, preferiré utilizar términos genéricos como ‘canoeros australes’, para nombrar al sujeto de estudio.

³⁴ Massone, Mauricio, et al., “Cazadores Recolectores en la Patagonia Chilena desde el 11.000 A.P. a la Colonización Occidental”, En: Falabella, Fernanda, et al., *Prehistoria en Chile. Desde sus primeros habitantes hasta los Incas*, Santiago, Editorial Universitaria, 2016., p.481.

La evangelización periférica de los canales australes.

Walter Hanisch publicó en 1982 *La isla de Chiloé, capitana de las rutas australes*.³⁵ En esta obra el autor hace un estudio sistemático de todas las exploraciones que comenzaron desde Chiloé hacia Nahuelhuapi, Osorno y los canales patagónicos, en los siglos XVII y XVIII. Esta investigación reconstruye las distintas expediciones a través de un sólido trabajo de fuentes, en el que se vislumbran algunas ideas que Hanisch no desarrolló, pero que otros historiadores profundizaron posteriormente. Una de éstas es la referida a las motivaciones de las diversas expediciones. Para el autor, está “la autoridad civil, que vela por los límites del imperio español, y la autoridad eclesiástica, en este caso confiada a los misioneros, que se orienta a la propagación de la fe”.³⁶ A juicio de Isidoro Vázquez de Acuña, la jurisdicción de Chiloé sobre los canales australes, tanto política como religiosa, no admitía discusión a diferencia de sectores como la Patagonia oriental u Osorno. Correspondía a las autoridades políticas chilotas el resguardo de la zona, así como a los misioneros chilotas la evangelización de los canales patagónicos.³⁷ Más allá de la división entre autoridad religiosa y civil, es importante hacer notar que estos dos aspectos del poder español no actuaban totalmente independientes uno del otro. Fernando Casanueva señala que en lo que respecta a nuestra investigación, “la política evangelizadora estuvo estrechamente ligada a la política expansionista española y fue considerada por la Corona no solo como un elemento ideológico justificatorio de su presencia y acción en el Nuevo Mundo sino como uno de los ejes centrales de la misma existencia y funcionamiento de su Imperio ultramarino.”³⁸

En Chiloé, el estado de la religión católica era ambiguo. Por un lado, la falta de misioneros y la escasez generalizada de recursos impedían extender las fronteras de la cristiandad hacia los archipiélagos al sur del golfo del Corcovado. Por otra parte, la evangelización de los indios veliches presentaba un gran avance en comparación con otras partes del Reino de Chile. La atenta observación de la realidad social y geográfica por parte de los jesuitas derivó en una particular metodología misional. En palabras de Rodrigo

³⁵ Hanisch, Walter. *La isla de Chiloé, capitana de rutas australes*, Santiago, Academia Superior de Ciencias Pedagógicas, 1982.

³⁶ *Ibid.* p. 27.

³⁷ *Cfr.* Vázquez, Isidoro. La jurisdicción de Chiloé (siglos XVI al XX), *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, N°103, 1993, p. 126.

³⁸ Casanueva, Fernando. La evangelización periférica en el reino de Chile, *Revista Nueva Historia*, N°2, 1982, p. 6.

Moreno Jeria, “los misioneros idearon una misión diferente, que mezclaba la tradición y la innovación. Por un lado, pensaron en el clásico método de misión volante, practicado en Europa y que en América también tenía larga trayectoria, pero añadiendo elementos necesarios que hicieran de Chiloé una misión con posibles proyecciones.”³⁹ El método de la misión circular constaba de dos partes. La primera, se ocupaba de atender a los españoles, mestizos e indios de los centros urbanos, principalmente Castro y sus alrededores. En la segunda, que era la más importante para los misioneros, se realizaba un circuito anual a través de todas las localidades esparcidas por el archipiélago. Moreno señala que los evangelizadores

“llegaban a un lugar en la costa de la isla, en el que estaban tres a cuatro días en misión con los indios, compartiendo con ellos e impartiendo los sacramentos. Llevaban las imágenes y los ornamentos, dejando en el lugar cerca de la playa una capilla construida inicialmente en forma muy precaria, pero que sería en el futuro punto de nuevos encuentros, puesto que los indios no habitaban reunidos en un lugar [...]”⁴⁰

Por supuesto, la sola existencia de la misión circular no aseguraba su éxito. Un rol fundamental lo jugaba el fiscal, quien era nombrado por los mismos misioneros y se encargaba de la religiosidad de cada comunidad. Se “seleccionaban a los indios de mayor capacidad para entender las cosas de la fe y a la casa de Castro, donde los padres habitaban, se les llevó para instruirlos con más profundidad y así disponer de ellos como ayudantes.”⁴¹ Además, en ausencia de los padres jesuitas estaban encargados de “dar instrucción cristiana a los niños todos los días, y a los adultos una vez por semana.”⁴² Aunque la institución del fiscal no era exclusiva de Chiloé, sí lo era la autonomía con la que podían actuar, tomando en cuenta que eran visitados solo una vez al año por la misión circular.

El sorprendente alcance del catolicismo en los distintos parajes de Chiloé contrasta con la notoria falta de recursos humanos durante todo el periodo colonial. Rodolfo Urbina

³⁹ Moreno, Rodrigo. “El archipiélago de Chiloé y los jesuitas: el espacio geográfico para una misión en los siglos XVII y XVIII”, *Magallania*, N°39(2), 2011, p.50.

⁴⁰ Moreno, Rodrigo. “Metodología misional jesuita en la periferia austral de América”, en: Hernández, Jesús y Rodrigo Moreno. *La Misión y los Jesuitas en la América Española, 1566-1767*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 2005, pp. 252-253.

⁴¹ *Ibidem*, p.252.

⁴² *Ídem*.

señala que la posición extrema de Chiloé tiene “dos consecuencias inmediatas sobre la atención espiritual: inconveniente en la provisión de operarios e imposibilidad para los obispos de cumplir con las visitas.”⁴³ Por ejemplo, en 1767, los jesuitas calculaban en 30 los operarios necesarios en Chiloé, contando solamente con 13. “En todo el siglo, los jesuitas no consiguen cubrir sus necesidades y los que se destinan son escasos.”⁴⁴

Aún con la manifiesta falta de recursos, los ánimos de los religiosos por evangelizar a los indígenas allende el golfo de Corcovado, los llevaron a intentar expediciones misionales, aunque de manera intermitente. Los primeros intentos se remontan a 1612, cuando el P. Esteban avanzó hasta los archipiélagos de Guaitecas y Chonos,⁴⁵ expedición que no logró adquirir un carácter permanente. Sin embargo, el antecedente más importante que existe de las misiones de neófitos ocurrió en 1710, cuando 166 indios chonos arribaron al fuerte de Calbuco manifestando su deseo de vivir con los españoles.⁴⁶ Se les concede la isla de Guar para que residan al cuidado de dos misioneros. Cabe destacar que en esta isla no se aplicó el método de misión circular, sino que se trató de establecer una suerte de reducción, cuyo objetivo era conseguir la sedentarización de los canoeros. En el año 1717, Real Cédula mediante, se convierte de manera oficial en la primera misión de indios neófitos de la isla, con el nombre de San Felipe. Sin embargo, para cuando la cédula había sido notificada en Chiloé, los chonos ya no residían en el lugar. Según Rodolfo Urbina, deambulaban por el interior del archipiélago recolectando mariscos, viajando también a sus islas de manera temporal.⁴⁷ Como señala María Ximena Urbina, “los chonos habían ido abandonando la misión, regresando a sus antiguas islas o instalándose en otras, como Quiapu, Apiao, Chaulinec y otras adyacentes a Quinchao.”⁴⁸ En las décadas subsiguientes al naufragio de la fragata *Wager*, también formaron parte de las misiones de neófitos, y muchas veces actuaron como intermediadores.

Aunque el naufragio del navío a cargo del capitán David Cheap en el archipiélago Guayaneco ocurrió en mayo de 1741, recién con la llegada de los cuatro sobrevivientes a la

⁴³ Urbina, Rodolfo. *La periferia meridional...*, p.166.

⁴⁴ *Ibidem*, p.168.

⁴⁵ *Cfr.* Moreno, Rodrigo. Metodología misional..., p.254.

⁴⁶ *Cfr.* Urbina, M. Ximena. Traslados de indígenas..., p.396.

⁴⁷ *Cfr.* Urbina, Rodolfo. *La periferia meridional...*, p.194.

⁴⁸ Urbina, M. Ximena. Traslados de indígenas..., p.397.

isla de Chiloé en 1742 las autoridades locales tomaron conciencia sobre la gravedad del asunto. Para los españoles, los naufragos ingleses revivieron viejos temores de un posible asentamiento británico en la Patagonia occidental. Según Ximena Urbina, “puso en crisis el sistema de dominio español ‘nominal’ en la Patagonia,”⁴⁹ que carecía de presencia militar y de poblaciones, por lo que “era susceptible de ser considerada como *res nullius* y, como tal, expuesta a ser ocupada por otras naciones.”⁵⁰ Es por esta razón que durante los 50 años siguientes se enviaron a lo menos trece expediciones de reconocimiento o evangelización hacia los archipiélagos de las Guaitecas al sur. En 1743 comenzó también la política de radicación de canoeros australes en la zona sur de Chiloé. A juicio de la autora, el propósito de este nuevo método de evangelización respondía a una doble motivación. Por un lado, el fundamento religioso de facilitar la evangelización, que era obstaculizada principalmente por la excesiva distancia del centro evangelizador y por el nomadismo de los grupos canoeros. Por otro lado, el fundamento político de evitar que los indígenas se aliaran con los británicos, o les prestaran auxilio, como efectivamente ocurrió con los naufragos de la fragata *Wager*.⁵¹

La política de radicación de indígenas canoeros en la isla de Chiloé cambia a partir del conocimiento de la noticia del naufragio. Aunque durante el periodo de la misión de San Felipe de Guar también se buscaba lograr la radicación y sedentarización de los nómades marítimos para lograr así su conquista espiritual, la nueva política consistía en ir a la Patagonia insular para tomar los indígenas y relocalizarlos en las islas misiones. María Ximena Urbina, en ‘Traslados de indígenas de los archipiélagos patagónicos occidentales a Chiloé en los siglos XVI, XVII y XVIII’, indica siete expediciones donde se documenta la erradicación de nativos (Véase Tabla 1). El número total de canoeros trasladados no se puede determinar exactamente, puesto que no tenemos la cantidad para el viaje encabezado por Mateo Abraham Evrard, en 1743. Walter Hanisch, señala que en el archipiélago Guayaneco, la expedición encontró indios Caucau, que “convirtió y redujo muchos Abraham Eluard (sic), los llevó a Chiloé y les dio población”⁵² La suma de trasladados a Chiloé en las otras seis expediciones es de 141, aunque este número en la realidad debe ser mayor si sumamos la

⁴⁹ Urbina, M. Ximena. La proyección colonial..., p.606.

⁵⁰ Ídem.

⁵¹ Urbina, M. Ximena. Traslado de indígenas..., pp.399-400.

⁵² Hanisch, Walter. Óp. Cit., p.62.

expedición de Evrard, además de canoeros trasladados por otras expediciones no documentadas.

Tabla 1. Traslados de grupos canoeros patagónicos a las misiones del sur de Chiloé (1743-1780)

Año	Expedicionario	Número	Grupo	Origen	Destino
1743	Pedro Flores	30	Chonos Guaiguenes Caucahues	Archipiélago Guayaneco	Chaulinec
1743-1744	Mateo Evrard	NE	NE	Archipiélago Guayaneco	NE
1744-1745	Baltasar Huever Javier Esquivel	40	NE	NE	Chaulinec?
1760	Indios caucahues	13	Taijataf Calenche	Archipiélago Guayaneco	Cailín
1766-1767	José García	15	Huilli Taijataf Calenche	Archipiélago Guayaneco	Cailín
1778-1779	Benito Marín Julián Real	11	NE	Archipiélago Wellington	NE
1780	Francisco Menéndez Ignacio Vargas	32	NE	Golfo de Penas	NE

Fuente: María Ximena Urbina. Traslados de indígenas de los archipiélagos patagónicos occidentales a Chiloé en los siglos XVI, XVII y XVIII

La erradicación de nómades marítimos de sus territorios ancestrales no parece haber sido un proceso violento. No se menciona el uso de agresiones físicas, ni de coerción, “más bien, se habla de una política de agasajos y regalos.”⁵³ Como señalamos anteriormente, los canoeros que habitaban en Chiloé como los chonos de Guar, tendrán un papel de intermediarios frente a los nuevos habitantes, no solo para facilitar su ambientación a las misiones, sino también para “atraer a otros indígenas.”⁵⁴ Una prueba más del carácter más bien pacífico de estas entradas en territorio austral es que no eran llevados a Chiloé todos los indígenas encontrados. Durante el viaje de Benito Marín y Julián Real, “el recibimiento, primero hostil, se hizo amable, les dieron regalos de bayetas, chaquiras y abalorios. Decidieron el regreso a Chiloé. Sólo se embarcaron 11 de los 33 indígenas.”⁵⁵ Esto, en mi

⁵³ Urbina, M. Ximena. Traslados de indígenas..., p.399.

⁵⁴ Ibidem, p.400.

⁵⁵ Hanisch, Walter. Óp. Cit., p.82.

opinión se debía a la poca capacidad que tenían los misioneros para obligar a los canoeros a acompañarlos.

En base a estos traslados las misiones se fueron desarrollando. A comienzos de la década de 1740, la residencia del padre misionero se ubicaba en Chequián, localidad de la isla de Quinchao aledaña a las islas de Chaulinec, Alao y Apiao.⁵⁶ Las expediciones durante esta década destinaban los canoeros a Chaulinec. Posteriormente, comenzaron a ser trasladados a la isla de Cailín. En 1744, en Chaulinec habitaban 81 neófitos, mientras que en Cailín habitaban 50. Once años después, en Cailín vivían “200 indígenas que construían casas y practicaban la agricultura.”⁵⁷ En 1764, la misión de neófitos se muda a la isla de Cailín con la intención de hacer “entradas con los mismos cauahues al Estrecho de Magallanes con el fin de reducir a nuevas naciones.”⁵⁸ Desde esta isla se dirigieron las nuevas entradas hacia el sur, aunque en un corto periodo durante la década de 1780 se decidió despoblar la isla, “y sus moradores fueron trasladados a la isla de Chaulinec,”⁵⁹ los que serían reubicados en Cailín unos años más tarde.

La respuesta canoera a la radicación en Chiloé.

La constitución de misiones en Cailín y Chaulinec, destinadas a adoctrinar neófitos de los canales patagónicos, fue progresivamente trasladándolos hacia Chiloé. Como vimos anteriormente, los misioneros en tierra austral no tenían el poder para arrancar por la fuerza a los gentiles, es por ello que el uso de la persuasión por parte de los religiosos y canoeros convertidos al catolicismo fue fundamental. De la misma manera, las autoridades de Chiloé tampoco tenían la capacidad para mantenerlos en dichas islas. Ante esto, la opinión de los especialistas está dividida.

Fernando Casanueva señala, para el caso de los chonos, que la sedentarización significó la muerte de éstos. Se basa en dos fuentes, una de 1644 y otra de 1729. La primera es de un religioso mercedario, que señala que los canoeros australes morían a los pocos días

⁵⁶ *Cfr.* Urbina, M. Ximena. Traslado de indígenas..., p.401.

⁵⁷ *Ibidem*, p.403.

⁵⁸ *Ídem*.

⁵⁹ “Fragmento de un informe dado por el secretario de la visita del Perú don N. Ramos de Figueroa sobre la provincia de Chiloé.”, Sin fecha. En Manuscritos Medina. TOMO 198, N°4844, f.322.

de estar con los españoles. Más precisa es la referencia a Jerónimo Pietas, que atribuye las muertes al cambio alimentario. El autor agrega el factor patológico, respaldado en comentarios de la arqueóloga Annette Laming y el caso de los kawésqar doscientos años después. Para Casanueva, el pueblo chono hacia fines del siglo XVIII ya estaba extinto.⁶⁰

Dentro de la misma línea, María Ximena Urbina apoya la hipótesis de que los canoeros no pudieron adaptarse a un estilo de vida sedentario, y lo justifica a través de las mismas fuentes que Casanueva. Sin embargo, agrega a esta idea que muchos canoeros debieron retornar a sus islas del sur y a su modo de vida original. Apoya su tesis en la poca población vista por José de Moraleda en Chaulinec y Apiao, en 1790.⁶¹

El principal problema de las visiones expuestas es la carencia de fuentes que acrediten que los chonos sufrían de problemas de carácter biológico al residir en Chiloé. La primera referencia es de cien años antes del comienzo de la política de radicación; la segunda, que refiere al problema de la alimentación, es de doce. Sin embargo, es extraño que durante los periodos donde los canoeros migraron hacia Chiloé en mayores cantidades, no haya referencias a estos problemas. Ni durante la existencia de la misión de Guar en 1710, ni desde el comienzo de la radicación de canoeros en 1741, se hace referencia a los problemas expuestos por Casanueva. Cabe destacar también que el contacto entre chonos y españoles chilotes había comenzado más de cien años antes, por medio de exploraciones, malocas y misiones desde Chiloé hacia el sur, pero también de tránsito en el sentido inverso, como el caso del chono Pedro Delco, que visitaba Chiloé anualmente en fechas tan tempranas como 1609.⁶² Esto pudo haber atenuado el impacto bacteriológico del contacto entre españoles y canoeros australes.

Distinto es el parecer del historiador Rodolfo Urbina. Para este autor, la “condición de minoría étnico-cultural inserta en el seno de otra mayor y más vigorosa, junto al hecho de que hacia 1720 ya no constituían el grupo compacto que eran cuando llegaron, fue haciéndoles perder cohesión hasta verse asimilados por la cultura veliche, en un proceso que

⁶⁰ Cfr. Casanueva, Fernando. *La evangelización periférica...*, p.21.

⁶¹ Cfr. Urbina, M. Ximena. *Traslados de indígenas...*, p.405.

⁶² Quiroz, Daniel y Juan Olivares. “Nómades canoeros de la Patagonia septentrional Insular: el mundo de don Pedro del Agua”, en Silva, Osvaldo, Eduardo Medina, Eduardo Téllez, *Encuentro de Etnohistoriadores*, Santiago, Serie Nuevo Mundo, Cinco Siglos, p.19.

estaba mostrando algunos frutos a fines del siglo XVIII.”⁶³ A juicio de Urbina, la adopción de la ganadería, la horticultura, la vestimenta de lana y las herramientas chilotas serían muestras de la aculturación, proceso que a fines del XVIII aún estaba incompleto. Es por esta razón que, si bien se quedaron viviendo en las islas del sur de Chiloé, seguirían volviendo periódicamente a los canales australes en busca de lobos marinos, que utilizaban para intercambiar por productos de consumo ordinario. Aunque a fines de siglo el proceso de aculturación al que hace referencia no estaba concluido, durante el siglo XIX habrían terminado de ser absorbidos, tanto así que, a juicio del autor es difícil encontrar rasgos canoeros en la cultura chilota. En adición a lo anterior, creo importante comparar su pensamiento sobre la relación entre veliches y chonos, con su pensamiento sobre la relación entre veliches y españoles. Urbina menciona que la pérdida de cohesión del grupo español en Chiloé también conllevó a la “falta de vigor para la conservación de la cultura española”⁶⁴ y a la dependencia, en ciertos aspectos, de la cultura aborigen. Sin embargo, y aunque menciona la preponderancia de lo veliche por sobre lo hispano, nunca hace uso del concepto aculturación. Prefiere llamar a este contacto “mestizaje cultural total.”⁶⁵

Dentro de esta misma línea de pensamiento, para Francisco Mena “los chonos reubicados en Chiloé se asimilaron con rapidez y fuerza a la población indígena del sur de la Isla Grande [payos], con quienes compartían un profundo parentesco étnico.”⁶⁶ Como podemos ver, este autor agrega un factor de parentesco con los habitantes precolombinos del sur de Chiloé, con los cuales compartirían un pasado canoero. También postula que, para el siglo XIX, los descendientes de los canoeros radicados en Chiloé “buscaban aventuras más afines a sus impulsos ancestrales. Se reclutaban como prácticos en las expediciones marítimas a los canales o constituían equipos de trabajo contratados por chilenos para que cazaran lobos marinos y nutrias en los archipiélagos australes, comprándoles luego las pieles con unas pocas monedas, o bien por alcohol y víveres.”⁶⁷

Las posturas de Rodolfo Urbina y Francisco Mena, aunque con ciertas diferencias, son en esencia muy similares, en la medida que dan más importancia a la desaparición de la

⁶³ Urbina, Rodolfo. El pueblo Chono..., p.342.

⁶⁴ Urbina, Rodolfo. Del periodo indiano de la cultura chilota, *Atenea*. N°453-454, 1986, p.394.

⁶⁵ *Ibidem*, p.398.

⁶⁶ Francisco Mena. Presencia indígena..., p.212.

⁶⁷ *Ídem*.

cultura canoera que a la desaparición de los canoeros en sí. Sin embargo, ante lo expuesto cabe preguntarse por ciertos aspectos de estas hipótesis. En el caso de Urbina, lo primero es preguntarse si la adopción de tecnologías foráneas es, de manera directa, un indicador de aculturación, o sólo en la medida que reemplazan rasgos culturales tradicionales. En este punto, su pensamiento es ambiguo ya que por un lado, toma las pérdidas culturales de los chonos como muestras de aculturación, y por otro, las pérdidas culturales de los españoles frente a los veliches como un ‘mestizaje cultural total.’ A mi juicio, el uso de aculturación en un caso, pero no en otro, tiene la intencionalidad, o al menos el efecto de invisibilizar la cultura de los canoeros radicados en Chiloé, que para el autor se habría extinto a principios del siglo XIX, sin dejar rastro de sus usos y costumbres.⁶⁸ De todas maneras, para este autor el movimiento hacia los canales australes en busca de animales para cazar y pescar muestra una aculturación inconclusa, la cual habría terminado durante el siglo XIX. Sin embargo, existen fuentes que hacen referencia a chilotes, aparentemente herederos de los canoeros radicados, viajando hacia el sur para realizar distintas labores de explotación de los recursos naturales en los canales patagónicos. El mismo Francisco Mena menciona que los descendientes de los canoeros se unían a grupos de trabajo a cargo de empresarios chilenos en los archipiélagos australes. Lo que no deja de llamar la atención es que atribuye esto a un ‘impulso ancestral’.

En base a lo anteriormente expuesto, las opiniones de especialistas se dividen entre los que piensan que los canoeros radicados se quedaron de manera definitiva en Chiloé, y los que proponen que volvieron a sus territorios ancestrales. Al respecto, las fuentes nos presentan que ambas ideas corresponderían a verdades a medias. Desde la década de 1740 en adelante, los documentos nos señalan a miembros de las misiones de neófitos atravesando el golfo de Corcovado para asentarse en los archipiélagos australes de manera transitoria. Manuel Brizuela, que recorrió la zona austral con el fin de encontrar posibles asentamientos británicos en 1750, nos señala que Domingo Guenupal, indio guía de su expedición se encontraba en la isla de Puquitín, donde actualmente se ubica Melinka.⁶⁹ Posteriormente, el práctico señaló que en una isla localizada al sur del Golfo de Penas, “tenía algún ganado,

⁶⁸ Urbina, R. El pueblo chono..., p.346.

⁶⁹ Brizuela, Manuel. “Diario y derrotero que hace el ayudante don Manuel Brizuela a la isla de Tenqueguén en el archipiélago de Chonos”, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N°23(t.19), 1916, p.16.

como hasta treinta ovejas en dicha isla, y que se mantenía con la ramazón del monte y la lamilla que en él se cría.”⁷⁰

En el plan presentado por Juan Nepomuceno Walter a la Junta de Poblaciones en 1764, se indica que los caucahues “no están efectivamente en su isla, pues mucha parte del año viven en las playas, dónde más habiendo el marisco, que es su ordinario sustento, no obstante el tiempo que se hallan en su isla, acuden los domingos y sábados a rezar a la iglesia la doctrina cristiana.”⁷¹ Aunque no se refiere de manera directa a las islas de la zona de Aysén, sí se señala que buena parte del tiempo no se encuentran en Cailín.

Particularmente relevante resulta el viaje realizado por el Padre José García en busca de gentiles con el fin de atraerlos a la misión al sur de Chiloé. Partió en octubre de 1766 junto a cinco españoles y treintaicuatro indios caucahues. Aunque indica continuamente el fin evangelizador de la expedición, en los hechos no parece quedar tan claro. Se señalan al menos cinco salidas de los caucahues en busca de lobos marinos, otras tantas para cazar aves, recolectar mariscos y pescar. Un ejemplo de ello, en palabras del propio jesuita: “Entre cuatro y cinco de la tarde dimos vista a unos peñascos llenos de lobos marinos; luego los caucahues con inexplicable gusto enderezaron la proa para la lobería y desarbolando la piragua con mucho silencio y con suave rema se fueron acercando [...]”.⁷² En contraste con el ánimo del episodio anterior, encontramos lo opuesto por la labor misional: “A cuatro días más de viaje, hubiera dado con los taijatafes, pero el no tener ya bastimento desanimó a la gente y determiné volverme a mi misión.”⁷³ En este diario de viaje se señala también que en la isla Calserau, un caucahue tenía ganado caprino.⁷⁴ Aunque en la travesía de ida no pudieron obtenerlas, en el de vuelta su dueño cogió una cabra y un cabrito, además de una oveja en la isla Caicayenec.⁷⁵

Francisco Machado, en su viaje de reconocimiento de los archipiélagos occidentales de la Patagonia en 1768 y 1769, encontró indígenas de las misiones. “Los indios [...] eran o

⁷⁰ Ibidem, p.22.

⁷¹ Hanisch, Walter. Óp. Cit., p.202.

⁷² García, José. Diario del viaje i navegación hechos por el Padre José García de la Compañía de Jesús desde su misión de Cailín en Barros Arana, Diego. *Viaje del Padre José García. Viaje de Cosme Ugarte. Viaje de Francisco Machado*, Santiago, Imprenta Nacional, 1889, p.28.

⁷³ Ibidem, p.30.

⁷⁴ Cfr. Ibidem, p.10.

⁷⁵ Cfr. Ibidem, p.38.

son dos indios con sus mujeres y unos tres chicuelos de Cailín, que una piragua los dejó aquí aislados, no obstante la necesidad, que puede mucho. Trataban de hacer una de cáscara de árbol con harta desdicha.”⁷⁶ Relatos como el expuesto se repiten, aunque menos dramáticos, a lo largo de las décadas subsiguientes.

En 1770, un misionero anónimo, escribió una ‘Noticia breve y moderna del archipiélago de Chiloé’. En ésta hace una referencia a los indígenas de Chaulinec: “Se llaman estos indios chonos o guayhuenches, que significa gente del sur [...] Aunque están así reducidos, todo el año no hacen otra cosa que navegar por aquellos mares, alimentándose por lo común de carne de lobo marino y ballena.”⁷⁷

El mismo año, Joseph Ruiz -Rius, según otros autores- estuvo a cargo de una nueva expedición de reconocimiento de los canales australes. En ella encontraron “dos piraguas que salían por la boca de otro canal nombrado Melimoyu [...] eran unos indios de Caylín con sus mujeres e hijos que es la costumbre que andan estos y son los que llaman Guayhuenes o Chonos.”⁷⁸ Tres días después encontraron otras tres piraguas. “También éstos eran indios Guayhuenes como los otros de la isla de Caylín.”⁷⁹ Dos semanas después encontraron otra piragua de Guayhuenes que andaban en busca de su sargentillo.⁸⁰

Carlos de Beranger, en su periodo como gobernador escribió que “los indios guayhuenes y chonos transitan continuamente este archipiélago [Archipiélago de los Chonos], como ambulantes y dispersos a la pesca de lobo, mariscos, sin tener estabilidad y reducidos a chozas portátiles de rama y cueros.”⁸¹ Posteriormente, los critica por su resistencia a quedarse de manera permanente en la reducción:

“son incapaces de la sociedad, por cuyo motivo irreducibles a la unión sin pueblos, ni a la vida civil porque su ociosidad busca solo la libertad sin sujeción, pues su majestad le concedió islas inmediatas que son las de Cailín y Chaulinec para reunirlos y misión

⁷⁶ Machado, Francisco. “Viajes del piloto don Francisco Machado a los archipiélagos occidentales de la Patagonia”, en Barros Arana, Diego. Óp. Cit., p.85.

⁷⁷ Hanisch, Walter. Óp. Cit., p.229.

⁷⁸ “Diario firmado por don José Ruiz, comandante de la expedición al reconocimiento del Archipiélago y puerto del Pingue Ana, al sur de la provincia de Chiloé, por orden de su Gobernador y Capitán General don Carlos de Beranger”, 2 de noviembre de 1770. Manuscritos Medina., TOMO 195, N°4628, f.96.

⁷⁹ Ibidem, f.99.

⁸⁰ Ibidem, f.113.

⁸¹ Beranger, Carlos de. *Relación Jeográfica de la Provincia de Chiloé*, Santiago, Imprenta Cervantes, 1893, p.13.

para instruirlos en nuestra santa religión, pero no se ha logrado el fin, por su inconstancia, bien que aparentan mucha exterioridad de conversación y sumisión y tal cual queda en la reducción.”⁸²

Para la década de 1790 existen dos fuentes que hacen mención de este fenómeno. Fray Pedro González de Agüeros en su ‘Descripción historial de la provincia y archipiélago de Chiloé’ señala que los lobos marinos abundan particularmente en las Guaitecas y el archipiélago Guayaneco, y que “únicamente se aprovechan los indios neófitos que están al cargo de nuestros misioneros en Chiloé, e isla de Chaulinec, y los gentiles de aquellos archipiélagos.”⁸³ Por su parte, el Alférez de navío don Francisco de Clemente y Miró en su expedición de reconocimiento del puerto de Inche, encontró un grupo de canoeros residentes en Chiloé. Después de una serie de complicaciones para encontrar la referida isla, lograron dar con “una piragua y junto a ella tres niños y dos hombres, que nos dijeron eran naturales de la isla de Chaulinec.”⁸⁴ Aunque estos canoeros andaban en busca de lobos marinos y del ganado lanar que tenían por la zona, aceptaron ayudar a los españoles chilotes y les indicaron el sitio que buscaban, señalando también “que a causa de sus continuos viajes a estos sitios eran prácticos de todos ellos.”⁸⁵ En efecto, se señala que Antonio Guenupal, que los acompañó hasta la isla de Inche, recorría estos parajes cada dos años.⁸⁶

José de Moraleda i Montero, en su exploración a los canales de 1792 y 1793, señaló que en la isla de Tanhao habían “20 manzanos unidos que parecen de 2 años de edad, con escaso fruto, sin duda plantados en orden por alguno de los indios guaihuenes de Chaulinec y Cailín, que anualmente vienen a estas islas a la pesca de lobos para grasa, y también a veces para sustento, y a sacar el sebo y hacer charqui del ganado lanar y cabrío, que tienen en algunas vecinas a Inchemó, extremo sur y oeste del archipiélago.”⁸⁷ Junto a lo anterior, en la isla Setucápel el práctico Pedro Yaña tenía “su ganado lanar en número de 50 cabezas.”⁸⁸

⁸² Ibidem, p.14.

⁸³ González de Agüeros, Pedro. *Descripción historial de la provincia y archipiélago de Chiloé*, Madrid, Imprenta de don Benito Cano, 1791, p.73.

⁸⁴ “Diario del alférez de navío don Francisco de Clemente y Miró, comandante de la piragua ‘Nuestra Señora del Carmen’ y de la expedición destinada a reconocer el puerto de Inche o Inglés”, de 7 de enero de 1792. Manuscritos Medina., TOMO 209, N°5223.f.48.

⁸⁵ Ibidem, f.49.

⁸⁶ Cfr. Ibidem, f.65.

⁸⁷ Moraleda, José de. *Diarios de navegación a Chiloé, archipiélago de los Chonos y costa occidental de la Patagonia (1786-1796)*, Temuco, Ofqui Editores, 2014 pp.325-326.

⁸⁸ Ibidem, p.350.

En ninguna de las expediciones mencionadas se hallarían marinos extranjeros en la zona de los canales, pero prácticamente en todos los viajes se encontraban con canoeros residentes en las islas de Chiloé, explotando los recursos naturales de la zona. Como sintetizaría el gobernador de Chiloé en una carta al presidente de Chile, “no hay por aquellos contornos noticia alguna de ingleses, ni otros extranjeros, sino solo de los naturales de esta provincia que pasan a sus inmediaciones a charquear y sacar el aceite de lobo, y que son los verdaderos prácticos de su derrota.”⁸⁹ En base a lo expuesto, podemos apreciar que los nómades marítimos radicados en las misiones del sur de Chiloé mantuvieron un modo de vida híbrido, en el sentido que si bien estaban radicados formalmente en Chiloé, iban de manera periódica a los canales patagónicos, para luego regresar.

Pero ¿por qué mantuvieron este patrón de poblamiento y no prefirieron alguno de los dos modos de vida contrapuestos? A mi parecer, las causas son variadas. Por un lado, existe una clara ventaja climática que permite la agricultura en Chiloé, a diferencia de lo que ocurre en gran parte de la Patagonia insular. Se ha documentado producción agrícola solo en la zona de las Guaitecas, y en fechas tan tempranas como 1611: “sólo el gobernador y cacique Don Pedro del Co tiene algunos sembrados de papas y maíz, pero es muy poco.”⁹⁰ Pero en general, “los cultivos agrícolas de papas y a huertos de manzanos fueron intentos más escasos y con menos resultados, que tenían netamente un fin de subsistencia.”⁹¹ Más al sur, no existen testimonios de intentos de horticultura o fruticultura; en cambio, en la isla de Chiloé el clima permite ambas faenas.

A la hora de persuadir a los indios gentiles esta razón debió haber sido importante, aunque en las fuentes sea mencionada de manera tangencial. Al referirse a los taijatafes, el padre Walter indica que “se espera vengan todos atraídos de la mejora de la tierra y del cielo con que el Padre Javier de Esquivel anhela por su conversión.”⁹² Un misionero señalaba que “la principal razón con que los convencen es con hacerles conocer que en Kaylín comerán bien, que tendrán papas y harina y, algunas veces, carne.”⁹³

⁸⁹ “Carta del gobernador de Chiloé”, de 6 de marzo de 1792. Manuscritos Medina, TOMO 209, N°5220, f.1.

⁹⁰ Urbina, M. Ximena. *Fuentes para...*, p.88.

⁹¹ Núñez, Andrés, et al., *Óp. Cit.*, p.114.

⁹² “Estado de la religión de la compañía de Jesús del Reino de Chile, escrita por el Padre Juan Nepomuceno Walter”, 15 de febrero de 1757. Manuscritos Medina, TOMO 188 N°4311, f.215

⁹³ Hanisch, Walter. *Óp. Cit.*, p.248.

El localizarse en Cailín o Chaulinec, permitía también acortar las distancias entre los indígenas y los misioneros localizados en Castro, Queilen, Chonchi o en la misma Cailín. Se suele indicar, principalmente para el caso de los caucahues, que prontamente adquirieron interés por el catolicismo. Esto se refleja en el relato de Juan Nepomuceno Walter, quien señala que independiente de no estar efectivamente en Cailín, “acuden los domingos y sábados a rezar a la iglesia la Doctrina Cristiana en la que los impone uno de su misma nación.”⁹⁴ El hecho de que los religiosos compartieran el exiguo sínodo, entregado para su propia manutención, con los residentes de las misiones debió influir en su decisión de quedarse. Por medio de estos obsequios los indígenas podían proveerse de bienes de difícil obtención. En 1762, el estado de la provincia jesuita en Chile señalaba que los misioneros veían reducidos sus recursos “porque [los chonos] persuadidos que el sínodo que el Rey señala para la manutención de los padres es para ellos pretender que les den ropa, ají, sal y demás menesteres, que se traen de Lima.”⁹⁵ Walter señala algo similar, al decir que para la misión anual de Kaylín requerían “bastimentos para mes y para satisfacer a los pedidos de los pobres.”⁹⁶

Estas posibles causas solo responden a una primera parte del problema, ya que no contestan al por qué de los intermitentes pero constantes regresos de los neófitos a la Patagonia Occidental. Algunos autores como Francisco Mena atribuyen este proceso en el siglo XIX a un ‘impulso ancestral’, entendiéndolo como un fenómeno de carácter psicológico. A esto podemos agregar comentarios de la época como el de Carlos de Beranger, quien explicaba el nomadismo de las etnias australes “porque su ociosidad busca sólo la libertad sin sujeción.”⁹⁷ Aunque no se pueden descartar estas hipótesis, en parte por su poca verificabilidad, en mi opinión el aspecto económico del asunto debe jugar un rol más relevante que el psicológico. La zona insular de Aysén representaba una gran fuente de recursos naturales que podían ser utilizados para su supervivencia, pero también para ser intercambiados con los veliches y chilotes españoles.

⁹⁴ Ibidem, p.202.

⁹⁵ Fragmento de un informe dado por el secretario de la visita del Perú don N. Ramos de Figueroa sobre la provincia de Chiloé.”, Sin fecha. Manuscritos Medina., TOMO 198, N°4844, f.322.

⁹⁶ Hanisch, Walter. Óp. Cit., p.204.

⁹⁷ Beranger, Carlos de. Óp. Cit., pp.13-14.

El occidente de Aysén, desde su poblamiento, había sido un conglomerado de espacios económicos utilizados exclusivamente por los nómades marítimos. A través de milenios de interacción con un medio ambiente tan abrumador, habían generado las técnicas para poder sobrevivir: pescar con la ayuda de perros y corrales de piedra, cazar aves en el momento en que cambian de plumas o en la noche con el fin de encandilarlas con fuego, recolectar mariscos por medio del buceo o cazar lobos marinos acorralándolos. Pero con el traslado de los habitantes al área de Chiloé estas técnicas no desaparecieron, sino que fueron utilizadas dentro del nuevo contexto. Al ser trasladados a las misiones en Cailín o Chaulinec, no solo tenían el acceso a tierras cultivables en Chiloé, sino que seguían siendo los únicos dominadores de los archipiélagos australes. En las fuentes revisadas anteriormente se suele señalar la presencia de los chonos o caucahues, pero no se mencionan ni veliches, ni españoles chilotes, ni extranjeros haciendo uso de estos espacios económicos. A los bienes que consumían en su estado de nomadismo originario se sumaron los productos de la fruticultura y de la horticultura.

Los lobos marinos fueron quizás el producto más codiciado por los residentes de las misiones en Chiloé. Se extraía de estos animales la grasa en forma de aceite, la carne y los cueros. De las ballenas también se aprovechaba la grasa para producir aceite, pero se limitaban a explotarlas solo cuando varaban porque no contaban con medios para cazarlas. En el caso del pescado, se prefería el congrio, el bacalao y el róbalo, que se solían ahumar para prolongar su conservación. Algunos canoeros también poseían ganado ovino y caprino en las islas desiertas, dejando que estos animales se alimentaran por sí solos y visitándolos de manera muy esporádica. Finalmente, existía una escasa producción vegetal en la zona norte de los canales, entre ellos algunos huertos de manzanos.

Por supuesto, la utilización de los espacios económicos de Aysén requería un profundo conocimiento de los ciclos naturales de cada producto. Esto quiere decir que los indígenas no vagaban por los canales en busca de los recursos, sino que sabían de su localización en distintos sectores según la estación. A juicio de Andrés Núñez, en su investigación de los silencios geográficos de Aysén, las faenas loberas estaban concentradas en los meses de enero y febrero, mientras que en las ganaderas, además de los meses nombrados se agregaban agosto y septiembre. Por su parte, la pesca y la recolección se podían

realizar todos los meses, con excepción de mayo, junio y julio,⁹⁸ por lo que la estación de verano era la predilecta para recorrer los canales en busca de recursos.

Pero el acceso a esta fuente de recursos era sólo una parte de los beneficios recibidos, puesto que los canoeros también aprovechaban el intercambio con los veliche y los españoles chilotes, especialmente de los subproductos del lobo marino, puesto que tenían un acceso preferente a éstos. De todas maneras, es relevante considerar que el intercambio entre canoeros y chilotes es anterior a la radicación de los primeros en Chiloé. Al menos así lo supone Ximena Urbina, quien nos informa de Pedro Delco, que para 1609 indicaba que los chonos maloqueaban a los huilles, por lo que la autora deduce “que eran vendidos a Chiloé”⁹⁹. Otro ejemplo de esto es Martín Olleta, el chono que condujo a los náufragos ingleses de la *Wager* a Chiloé en 1742. Este canoero aprovechó las oportunidades que vislumbró ante los hechos acontecidos. Siendo consciente de la diferencia entre los náufragos y los españoles chilotes, llevó a los ingleses a las autoridades reales localizadas en Chiloé. También recogió parte del hierro del hundimiento que escondió antes de llegar a Chiloé, puesto que era requisado por las autoridades españolas producto de la escasez de este material. Esto, si bien no implica necesariamente que lo fuese a intercambiar, es muestra del conocimiento que tenía del valor comercial de este preciado material.¹⁰⁰

Sin embargo, el intercambio entre los canoeros y los chilotes parece hacerse más constante durante la segunda mitad del siglo XVIII. Juan Nepomuceno Walter señalaba en 1764 que cuando se acercaba el tiempo para que pasasen los jesuitas en la misión circular, se aprovisionaban de “trigo, cebada y papas; todo lo cual compran cuando vienen a las cercanías de Castro, con los mariscos que allí mismo buscan, con pescado seco, sacos de lobo, aceite de lo mismo, colmanes, canastos y ostras.”¹⁰¹ En 1770, un misionero cuya identidad desconocemos, señalaba que los chonos “ya no van a robar como antes, giran de isla en isla con los cueros y aceite de lobo y barbas de ballena, que venden por papas y harina de cebada.”¹⁰² Carlos de Beranger también referencia el intercambio que realizaban los canoeros

⁹⁸ Núñez, Andrés, Et. Al. Óp. Cit.

⁹⁹ Urbina, M. Ximena. “Interacciones entre españoles de Chiloé y chonos en los siglos XVII y XVIII”, *Chungará*, N°4(47), 2015, p. 4.

¹⁰⁰ *Cfr.* Ibidem. p. 8

¹⁰¹ Walter Hanisch, Óp. Cit., p.203.

¹⁰² Ibidem, p.229.

en la isla de Chiloé: “su genio voltario les induce continuamente a la vida andante y solo vienen a esta isla grande el tiempo de las fiestas de Santiago, donde cambian su marisco por aquellos géneros que necesitan precisamente para cubrirse, y se aprovechan de algunas papas y cebadas.”¹⁰³

La localización de las misiones también debió jugar un rol importante en su adaptación a un modo de vida semi-sedentario. En particular la isla de Cailín era un importante nodo de conexión entre la isla de Chiloé y los archipiélagos australes. Esta reducción era el poblado más cercano a la zona insular de Aysén, solo separado por el Golfo de Corcovado. Por esta razón, la “misión de Cailín fue pensada como cabeza de puente de la evangelización hacia el Estrecho por la costa, desde donde se llegaría a descubrir ‘muchas gentes de españoles, extranjeros e indios, y abrir camino para nuevas misiones y reducirlos a nuestra santa fe’.”¹⁰⁴ Sin embargo, tan pronto como Cailín perdía este rol de “trampolín expansivo hacia el sur insular próximo,”¹⁰⁵ se convertía en una pesada carga por el enorme sacrificio que se requería para llegar a ella y cuidar de los neófitos. Por esta razón se aprobó la solicitud de Fray Manuel Gostina para dejar aquella isla, “por estar solitaria y retirada al sud, y se han trasladado a la de Chaulinec, en la que están viviendo con los neófitos chaulineques.”¹⁰⁶ Sin embargo, contrario a la decisión de los padres misioneros, los indios trasladados a Chaulinec reclamaban por volver: “han estado en continuas discordias y representando al gobierno de la provincia les permitiese volver a Cailín, cuya residencia les era más grata, pues la consideraban como suelo propio, lisonjeándose de ser los primeros pobladores de ella, hasta que al fin del año 1790 se trasladaron con su gobernadorcillo Sebastián Chillau.”¹⁰⁷

En síntesis, después de ser trasladados a la zona de Chiloé, permanecieron ahí producto de una serie de posibles razones. Por un lado, la clara ventaja climática de Chiloé que permitía producir alimentos por medio de la agricultura. Por otro, la cercanía de los

¹⁰³ Beranger, Óp. Cit., p.13.

¹⁰⁴ Urbina, M. Ximena. *Traslados de indígenas...*, p.403.

¹⁰⁵ Urbina, Rodolfo. *Las misiones franciscanas de Chiloé*, Valparaíso, Iártole, 1990, p.91.

¹⁰⁶ “Manifiesto sobre la situación, estado y circunstancias notables de la provincia y Archipiélago de Chiloé y de lo que en ella han trabajado los religiosos misioneros del colegio de Propaganda Fide de Ocopa, en beneficio espiritual de aquellos fieles desde que se les encargó su asistencia, por Fray Pedro González Agüeros”, 12 de agosto de 1788. Manuscritos Medina, TOMO 207, N°5173, f.167v.

¹⁰⁷ Moraleda, José de. Óp. Cit., p.308.

misioneros que les permitía acceder a la religión, pero también a algunos bienes difíciles de obtener. Otra razón que deber ser tomada en consideración es la localización de las misiones en la zona sur de Chiloé. Esto último aplica particularmente a Cailín, que está frente a los archipiélagos australes. Producto de la relativa cercanía, no era un real problema cruzar el golfo de Corcovado e ir a explotar los recursos de la Patagonia insular. Incluso, la utilización económica de la zona de los canales patagónicos por parte de los nómades marítimos sirvió para complementar, por medio del consumo directo, pero también del intercambio, la incipiente economía agrícola que desarrollaban en sus misiones base. A la vez que aprendían a cultivar alimentos como la papa, volvían periódicamente a su lugar de origen para cazar lobos, recolectar mariscos, pescar y tomar el ganado que dejaban en las tierras vacas, yendo también a las cercanías de Castro para obtener productos de difícil acceso como harina, cebada o géneros.

Los canoeros australes radicados en Chiloé en el siglo XIX.

El panorama se vuelve bastante más difuso en el siglo XIX. Las fuentes que hablaban de indios neófitos desaparecen con la administración chilena, y los reconocimientos de las islas australes disminuyen considerablemente. De hecho, las fuentes más valiosas en términos de nuestra investigación corresponden a expediciones extranjeras. La primera de ellas es *A narrative of four voyages*, del norteamericano Benjamin Morrell. En 1823, en el sector de las islas Guayaneco se habría reunido con miembros de la tribu ‘Caucaes’, quienes llegaron allí desde el continente en una excursión de pesca.¹⁰⁸ Cabe discutir en este punto a qué se refiere en este extracto traducido del inglés con ‘continente’. Porque, si bien salta a la vista el parecido del término que utiliza para nombrarlos con el de ‘caucahues’, queda mucho menos clara la procedencia de estos indígenas. De todas maneras, hay que tener a Chiloé en consideración como su posible lugar de origen, porque el explorador estadounidense al describir sus ropas indica que las pieles están cosidas en la forma de una larga manta cuadrada con un hoyo al medio, y que los canoeros lo llaman ‘poncho’ (palabra utilizada en inglés).

¹⁰⁸ Cfr. Morrell, Benjamin. *A Narrative of four Voyages to the South Sea*, Nueva York, J&J Harper, 1832, p.100.

Más claras son las referencias de Charles Darwin, en *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*, una década después de Morrel. En la localidad de Puerto Low, en el extremo septentrional de los canales australes, Darwin se encuentra con “un grupo de cinco hombres de Caylén [Cailín], ‘el fin de la Cristiandad’, que para venir a pescar en estos parajes, se han aventurado a atravesar en su miserable canoa el inmenso brazo de mar que separa Chonos de Chiloé.”¹⁰⁹ El relato hecho por el naturalista británico no parece muy distinto a los realizados el siglo anterior por los exploradores españoles. Sin embargo, el mundo había cambiado. Ya no eran los únicos que aprovechaban las ventajas de la zona patagónica insular. Ahora recorrían esos mares grandes barcos loberos norteamericanos, como lo señalaría Charles Darwin, que conoció al señor Sullivan, el capitán de un barco ballenero.

Para 1843, año en que se realiza la expedición de toma de posesión del estrecho de Magallanes el cambio es notorio. Las costas occidentales de Aysén ya no parecen estar tan vacías como antes. En esta zona se encontró con el bergantín *Enterprise*, al mando del capitán Benjamin Ash, y con la Goleta *Betzei*, al mando del capitán Perkins, ambos barcos loberos salidos de Connecticut, en Estados Unidos. Aparecen en escena también las lanchas de hacheros chilotes. Se menciona una lancha de Castro a cargo de Bruno Andrade.¹¹⁰ Más adelante, Juan Williams señala que arribaron a su puerto “dos embarcaciones menores, pertenecientes a otras tantas lanchas madereras de Chiloé.”¹¹¹ Incluso, los prácticos contratados para guiar la Goleta *Ancud* no son descendientes de antiguos canoeros. El primero que se menciona fue contratado en Curaco. Se llamaba Carlos Miller y “desde muchos años se ocupaba de la pesca de lobos y gatos marinos en el estrecho de Magallanes y en las islas Guaitecas y chonos.”¹¹² El segundo que se menciona lo encontraron entre los canales. Su nombre era Juan Yate y también era lobero.¹¹³ Según su acta de defunción de 18

¹⁰⁹ Darwin, Charles. *Darwin en Chile (1832-1835): Diario de viaje de un naturalista alrededor del mundo*, Santiago, Editorial Universitaria, 2016, p.170.

¹¹⁰ Cfr. Williams, Juan. *Diario de la goleta ‘Ancud’ al mando del capitán de fragata don Juan Guillemos para tomar posesión del Estrecho de Magallanes*, Santiago, Imprenta, Litografía i Encuadernación Barcelona, 1901, p.16.

¹¹¹ *Ibidem*, p.23.

¹¹² *Ibidem*, p.14.

¹¹³ *Ibidem*, p.20.

de junio de 1900 que señala su fallecimiento a los 91 años, su nacionalidad era inglesa.¹¹⁴ Pero volviendo a los indígenas, solo existe una referencia a estos en el diario de Juan Williams, y es un grupo de ‘embarcaciones indígenas’ en las cuales iban 12 hombres bogando, pero con los que no pudieron reunirse producto de la velocidad de la Goleta Ancud.¹¹⁵

Es muy posible que durante el siglo XIX su actuación deje de ser tan relevante producto de la emergencia de nuevos actores en la zona, que, en el caso de los grandes barcos loberos, estaban claramente aventajados en comparación a los indígenas. De esta manera, la preminencia de ser los únicos dueños de esa zona se irá esfumando con el tiempo.

Conclusiones

Luego del naufragio del navío *HMS Wager* en el archipiélago Guayaneco el año 1741, la probabilidad de que una nación extranjera rasgara la frágil soberanía española al sur de Chiloé se volvió una posibilidad real. Las autoridades de Chiloé, por encargo de sus superiores en Chile, Perú y España se vieron obligadas a enviar expediciones de exploración a los canales patagónicos, zona ocupada solamente por los distintos grupos canoeros a través de siglos de vida nómada basada en la recolección de mariscos, la pesca, y la caza de mamíferos marinos. También surgió la necesidad de solucionar dos problemas para los españoles chilotes en torno a éstos. Por un lado, lograr la conquista espiritual de estos grupos, y por otro, evitar que asistan a los marinos de naciones enemigas, como efectivamente ocurrió en los sucesos de 1741. Fueron estas causas las que sustentaron la nueva política religiosa de los misioneros jesuitas en estas inexploradas regiones. Ya no bastaba continuar con el método utilizado en la misión de neófitos en San Felipe de Guar, que fue más bien una reacción a la propia iniciativa indígena cuando solicitaron a las autoridades de la isla vivir junto a los españoles. Ahora que tenían el apoyo político, los jesuitas debían tomar la iniciativa y adentrarse en los canales en busca de sus nativos, para luego llevarlos a las misiones de Chiloé donde serían convertidos al cristianismo y a la vida sedentaria.

¹¹⁴ Acta de defunción Juan Enrique Yates, en línea en familysearch.org
<<https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:Q2SL-1TBN>>, revisado el 10/12/2017.

¹¹⁵ Cfr. Williams, Óp. Cit., p.32.

El primer viaje realizado estuvo a cargo del padre Pedro Flores el año 1743. Le siguieron Mateo Evrard (1743-1744), Baltasar Huever y Javier Esquivel (1744-1745), una exploración encargada a los caucahues radicados en Chiloé años anteriores (1760), y José García (1766-1767). Después de la expatriación jesuita, los franciscanos realizaron dos exploraciones más: una a cargo de Benito Marín y Julián Real (1778-1779) y otra dirigida por Francisco Menéndez e Ignacio Vargas (1780). No existe certeza sobre si existió otra de estas expediciones misionales, o si alguna de las expediciones de reconocimiento de la zona austral erradicó más indígenas de su suelo natal. Con los datos que tenemos, sabemos a ciencia cierta que por lo menos en seis de las siete exploraciones nombradas se trasladaron 141 personas hacia las islas de Cailín y Chaulinec, en Chiloé. Este número es mayor realmente, teniendo en cuenta que en la expedición de Mateo Evrard se tomó gente, aunque no se indica la cifra exacta. Los grupos de canoeros trasladados que se nombran son Chonos, Guaiguenes, Caucahues, Calenches, Huillis y Taijatafes, todos encontrados al sur de la península de Taitao, y en su mayoría en el archipiélago Guayaneco.

En Chiloé, los canoeros patagónicos fueron relocalizados en las islas de Cailín y Chaulinec principalmente, aunque también se dispersaron a otras como Alao y Apiao. Se adscribieron a la misión circular, en la cual los religiosos los visitaban anualmente, mientras que en su ausencia eran educados en la religión católica por el fiscal, uno de los mismos canoeros. En un principio, preponderaron los traslados a Chaulinec producto de su cercanía a Castro. Sin embargo, desde la década de 1750 la isla de Cailín se iría haciendo más importante, llegando a convertirse en la misión de neófitos de Cailín en 1764, contando con un misionero permanente. La posición geográfica de esta isla la hacía ideal a la hora de realizar más entradas a la Patagonia insular. Es por esta razón que cuando se dejaron de realizar expediciones, se volvió problemática su ubicación tan alejada de Castro, siendo trasladados todos sus pobladores a Chaulinec en 1781. Sin embargo, a petición de los mismos indígenas, volvieron a Cailín en 1790.

La relocalización de los canoeros en las misiones de Chiloé significó la generación de una economía híbrida por parte de estos grupos. El poco poder de los misioneros para impedir la fuga de los neófitos, junto las ventajas económicas que significaba Aysén y sus canales permitieron el retorno de los indígenas a sus islas. Durante todo el siglo XVIII

seguirán volviendo periódicamente durante ciertas temporadas del año. Las exploraciones de Manuel Brizuela en 1750, Francisco Machado en 1768, Joseph Rius en 1770 y Francisco Clemente y Miró en 1792 encontraron en los canales grupos canoeros de las misiones de Chiloé en busca de lobos marinos, mariscos, pescado y ganado ovino. Lo confirman otras relaciones como la de Juan Nepomuceno Walter, Carlos de Beranger y Fray Pedro González de Agüeros. Por su parte, seguían residiendo formalmente en las misiones, donde recibían los agasajos de los misioneros, obtenían los beneficios de una incipiente agricultura y la posibilidad de intercambiar productos con los habitantes de Chiloé.

El uso del concepto de hibridación para el caso estudiado resulta muy útil para deshacerse de la idea de que el aprendizaje de la agricultura por parte de los grupos nómades significó la pérdida de su cultura. Lograron hacer convivir lo nuevo con lo tradicional, con la finalidad de aprovechar los espacios económicos que tenían a disposición y así mejorar su subsistencia. García Canclini señala que enfatizar la hibridación “no sólo clausura la pretensión de establecer identidades ‘puras’ o ‘auténticas’, también pone en evidencia el riesgo de delimitar identidades locales autocontenidas.”¹¹⁶ Esta concepción es muy similar a la de Aimé Césaire, quien pensaba una identidad “no como arcaísmo devoradora de sí misma, sino devoradora del mundo, es decir, que se apodera sobre todo del presente para mejor reevaluar el pasado, y más aún, para preparar el futuro.”¹¹⁷

Actualmente, el tema tratado aún se encuentra inexplorado. Son muy pocas las investigaciones sobre los canoeros australes, y también sobre los archipiélagos australes en general. Autores como María Ximena Urbina han contribuido de gran manera a llenar este espacio, pero siguen existiendo aún muchas preguntas sobre estos sujetos, sobre su economía, su cultura y su sociedad. Creo que la perspectiva de la hibridación cultural puede significar una gran herramienta para contribuir al conocimiento de estos, en especial de los canoeros norpatagónicos, que desde el siglo XVI ya estaban en contacto con Chiloé y sus habitantes.

¹¹⁶ García Canclini, *Óp. Cit.*, p.17.

¹¹⁷ Aimé Césaire, *Discurso sobre el Colonialismo*, Madrid, Akal Ediciones, 2010 p.90.

Fuentes Publicadas

- Beranger, Carlos de. *Relación Jeográfica de la Provincia de Chiloé*, Santiago, Imprenta Cervantes, 1893.
- Brizuela, Manuel. “Diario y derrotero que hace el ayudante don Manuel Brizuela a la isla de Tenqueguén en el archipiélago de Chonos”, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N°23(t.19), 1916, pp. 5-29.
- Bulkeley, John y John Cummins. “Viaje a los mares del sur en los años 1740-1”. En: *Cuatro relatos para un naufragio*, Santiago, Septiembre Ediciones, 2012.
- Byron, John. *Relato del honorable John Byron*. Santiago, Imprenta Cervantes, 1901.
- Darwin, Charles. *Darwin en Chile (1832-1835): Diario de viaje de un naturalista alrededor del mundo*, Santiago, Editorial Universitaria, 2016.
- García, José. Diario del viaje i navegación hechos por el Padre José García de la Compañía de Jesús desde su misión de Cailín en Barros Arana, Diego. *Viaje del Padre José García. Viaje de Cosme Ugarte. Viaje de Francisco Machado*, Santiago, Imprenta Nacional, 1889, pp.3-47.
- González de Agüeros, Pedro. *Descripción historial de la provincia y archipiélago de Chiloé*, Madrid, Imprenta de don Benito Cano, 1791.
- Machado, Francisco. “Viajes del piloto don Francisco Machado a los archipiélagos occidentales de la Patagonia”, en Barros Arana, Diego. *Viaje del Padre José García. Viaje de Cosme Ugarte. Viaje de Francisco Machado*, Santiago, Imprenta Nacional, 1889, pp.57-149.
- Moraleda, José de. *Diarios de navegación a Chiloé, archipiélago de los Chonos y costa occidental de la y Patagonia (1786-1796)*, Temuco, Ofqui Editores, 2014.
- Morrel, Benjamin. *A Narrative of four Voyages to the South Sea*, Nueva York, J&J Harper, 1832, p.100.
- Williams, Juan. *Diario de la goleta ‘Ancud’ al mando del capitán de fragata don Juan Guillemos para tomar posesión del Estrecho de Magallanes*, Santiago, Imprenta, Litografía i Encuadernación Barcelona, 1901.

Fuentes Documentales

- Acta de defunción Juan Enrique Yates, en línea en familysearch.org <<https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:Q2SL-1TBN>>, revisado el 10/12/2017.

Manuscritos Originales José Toribio Medina:

- “Carta del gobernador de Chiloé”, de 6 de marzo de 1792, Tomo 209, N°5220, fs.1-2.
- “Diario del alférez de navío don Francisco de Clemente y Miró, comandante de la piragua ‘Nuestra Señora del Carmen’ y de la expedición destinada a reconocer el puerto de Inche o Inglés”, de 7 de enero de 1792. TOMO 209, N°5223, fs.10-107.
- “Diario firmado por don José Ruiz, comandante de la expedición al reconocimiento del Archipiélago y puerto del Pingue Ana, al sur de la provincia de Chiloé, por orden de su Gobernador y Capitán General don Carlos de Beranger”, 2 de noviembre de 1770. TOMO 195, N°4628, fs.92-118.
- “Estado de la religión de la compañía de Jesús del Reino de Chile, escrita por el Padre Juan Nepomuceno Walter”, 15 de febrero de 1757. TOMO 188 N°4311, fs. 193-218.
- “Fragmento de un informe dado por el secretario de la visita del Perú don N. Ramos de Figueroa sobre la provincia de Chiloé.”, Sin fecha. TOMO 198, N°4844, fs.318-323.
- “Manifiesto sobre la situación, estado y circunstancias notables de la provincia y Archipiélago de Chiloé y de lo que en ella han trabajado los religiosos misioneros del colegio de Propaganda Fide de Ocopa, en beneficio espiritual de aquellos fieles desde que se les encargó su asistencia, por Fray Pedro González Agüeros”, 12 de agosto de 1788. TOMO 207, N°5173, fs.158-182v.

Bibliografía.

- Álvarez, Ricardo. “Reflexiones en torno a las identidades de las poblaciones canoeras situadas entre los 44° y 48° latitud sur”, *Anales del Instituto de la Patagonia*, N°30, 2002, pp. 79-86.
- Burke, Peter. *Hibridismo cultural*, Madrid, Akal ediciones, 2010.
- Cárdenas, Renato, Catherine Hall, Dante Montiel. *Los chonos y los veliche*, Santiago, Ed. Olimpho, 1991.
- Casanueva, Fernando. “La evangelización periférica en el reino de Chile”, *Revista Nueva Historia*, N°2, 1982, pp.5-30.
- Césaire, Aimé. *Discurso sobre el Colonialismo*, Madrid, Akal Ediciones, 2010.
- García Canclini, Néstor. *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Buenos Aires, Paidós, 2005.
- Hämäläinen, Pekka. *El Imperio Comanche*, Barcelona, ediciones Península, 2011.
- Mantecón, Tomás. “Las fronteras exteriores e interiores de la Monarquía Hispánica”, *Historia Crítica*, N°59, 2016, pp.19-39.
- Hanisch, Walter. *La isla de Chiloé, capitana de rutas australes*, Santiago, Academia Superior de Ciencias Pedagógicas, 1982.
- Martinić, Mateo. *De la Trapananda al Aysén, una mirada reflexiva sobre el acontecer de la región de Aysén desde la prehistoria hasta nuestro días*, Santiago, Pehuén Editores, 2005.
- Massone, Mauricio, F. Morello, L. Borrero, D. Legoupil, F. Mena, A. Prieto, C. Ocampo, P. Rivas, M. San Román, F. Martín, C. Méndez, O. Reyes y D. Munita. “Cazadores Recolectores en la Patagonia Chilena desde el 11.000 A.P. a la Colonización Occidental”, En: Falabella, Fernanda, Mauricio Uribe, Lorena Sanhueza Riquelme, Carlos Aldunate, Jorge Hidalgo. *Prehistoria en Chile. Desde sus primeros habitantes hasta los Incas*, Santiago, Editorial Universitaria, 2016, pp. 443-486.
- Mena, Francisco. “Presencia indígena en el litoral de Aysén”, *Revista Trapananda*, N°5, 1985, pp. 203-213.

- Moreno, Rodrigo. “Metodología misional jesuita en la periferia austral de América”, en: Hernández, Jesús y Rodrigo Moreno. *La Misión y los Jesuitas en la América Española, 1566-1767*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 2005, pp.239-263.
- Moreno, Rodrigo. “El archipiélago de Chiloé y los jesuitas: el espacio geográfico para una misión en los siglos XVII y XVIII”, *Magallania*, N°39(2), 2011, pp.47-55.
- Núñez, Andrés, Raúl Molina, Enrique Aliste y Álvaro Bello. “Silencios geográficos en Patagonia-Aysén: Territorio, nomadismo y perspectivas para re-pensar los márgenes de la Nación en el siglo XIX”, en *Magallania*. N°44(2), 2016, pp.107-130.
- Parker, Bradley. “Toward an Understanding Borderland Processes”. *American Antiquity*, N° 71(1), 2006, pp. 77-100.
- Quiroz, Daniel y Juan Olivares. “Nómades canoeros de la Patagonia septentrional Insular: el mundo de don Pedro del Agua”, en Silva, Osvaldo, Eduardo Medina, Eduardo Téllez, *Encuentro de Etnohistoriadores*, Santiago, Serie Nuevo Mundo, Cinco Siglos, pp. 10-33.
- Urbina, M. Ximena. “La proyección colonial de Chile a la Patagonia Insular en el siglo XVIII”, *Anuario de Estudios Americanos*, N° 68 (2), 2011, pp. 599-622.
- Urbina, M. Ximena. “Traslados de indígenas de los archipiélagos patagónicos occidentales a Chiloé en los siglos XVI, XVII y XVIII, en: Valenzuela, Jaime. *América en Diásporas*, Santiago, RiL Editores, 2013, pp.381-411.
- Urbina, M. Ximena. *Fuentes para la historia de la Patagonia Occidental en el periodo colonial. primera parte: siglo XVI y XVII*, Valparaíso, Ediciones Universitarias, 2014.
- Urbina, M. Ximena. “Interacciones entre españoles de Chiloé y chonos en los siglos XVII y XVIII”, *Chungará*, N°4(47), 2015, pp.1-12.
- Urbina, Rodolfo. *La periferia meridional indiana. Chiloé en el siglo XVIII*, Valparaíso, Ediciones Universitarias, 1983.
- Urbina, Rodolfo. “Del periodo indiano de la cultura chilota”, *Atenea*. N°453-454, 1986, pp.385-402.
- Urbina, Rodolfo. *Las misiones franciscanas de Chiloé*, Valparaíso, Iártole, 1990.
- Urbina, Rodolfo. “El pueblo Chono: de vagabundo y pagano alzado a cristiano y sedentario amestizado”, en: *Orbis Incognitus*. I, 2007, pp. 325-346.

- Vázquez, Isidoro. “La jurisdicción de Chiloé (siglos XVI al XX)”, *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, N°103, 1993, pp. 111-191.
- Winthrop, Robert. *Dictionary of concepts in cultural anthropology*, Westport, Greenwood Publishing Group Inc., 1991.